

LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO DE MADRID: Segunda parte Su época como parque municipal

Por M.^a Carmen Ariza Muñoz

Después de la Revolución de septiembre de 1868, la antigua Real Posesión del Buen Retiro se convirtió en Parque público.

Inmediatamente, se plantaron numerosos árboles, se amplió el antiguo Zoo, se realizó un Paseo de Coches, se hicieron diversas construcciones (como el Palacio de Velázquez, el Palacio de Cristal, etc.), bellas verjas, etc.

El nuevo Parque se convirtió en el lugar preferido de los madrileños, que disfrutaban en él de diversos espectáculos, exposiciones, etc., además de cafés, restaurantes, etc.

En el siglo XX, se realizó la Rosaleda y se colocaron numerosas esculturas entre el arbolado, de las que destaca el Monumento a Alfonso XII, situado en el lado oriental del Estanque Grande.

**The Buen Retiro Gardens of Madrid:
the Municipal Park period**

After the September Revolution of the year 1868, the ancient Royal Proprietary of the Buen Retiro was turned into a Public Park.

Immediately, many trees were planted, the old Zoo was enlarged, a new Carriage Drive was made as were several buildings (such as the Velázquez Palace, the Cristal Palace, etc.) and also beautiful new railings.

The new Park became the favorite place of the people of Madrid who enjoyed there many entertainments and exhibitions, and made the most of its Cafés, restaurants, etc.

In the Twentieth Century, the Rosegarden was set out and many sculptures placed in the wooded zones being the most important of these the Monument dedicated to the King Alfonso XII, situated on the east side of the Great Pond.

CON este artículo completamos la historia del Parque del Retiro de Madrid, cuya primera parte fue publicada en el número 69 de esta misma revista.

1. DE REAL SITIO A PARQUE MUNICIPAL

1.1. *Consecuencias de la Revolución de 1868 para el Buen Retiro*

La Revolución del 19 de septiembre de 1868, que destronó a Isabel II, supuso, entre otras cosas, la pérdida para la Corona de algunos Reales Sitios, como el de la Florida y el del Buen Retiro. Si bien el primero desapareció como zona verde, ya que sobre él se levantaron diversos barrios, como el de Argüelles, el Sitio objeto de nuestro estudio continuó como tal, aunque ya abierto al público,

al convertirse en Parque municipal, cumpliendo así los deseos de Fernández de los Ríos, que había resaltado la carencia de jardines públicos en nuestra capital, a la vez que criticaba la avaricia de nuestros monarcas, que guardaban estas extensas zonas verdes para sí.

Lo mismo había sucedido en algunas capitales de Europa, como en el París de Napoleón III, que mandó abrir al público el Parc de Monceau, el Bois de Boulogne (antigua real posesión desde que Francisco I la fundara en el siglo XV, hasta 1853 en que se convirtió en parque municipal), el Bois de Vincennes (cedido al Ayuntamiento de París en 1860), y otros tantos.

Tan solo dos meses después de la proclamación de la Revolución de septiembre de 1868, el Gobierno Provisional cedía el Real Sitio del Buen Retiro al Ayuntamiento de la capital, para que lo convirtiese en un Parque público, mediante decreto de 6 de noviembre de 1868, firmado por Laureano Fi-

M.^a Carmen Ariza Muñoz es profesora titular de la E.T.S. de Arquitectura de Madrid.

guerola, ministro de hacienda, en el cual se decía (1):

"Artículo 1.^o El Gobierno Provisional cede para Parque de Madrid el Sitio del Buen Retiro en toda su extensión. El Ayuntamiento de Madrid deberá respetar sus límites actuales y destinarlo exclusivamente a recreo del vecindario de esta capital.

Artículo 2.^o El Ayuntamiento de Madrid no podrá dedicar ninguna parte del expresado Parque a la construcción de barrios, manzanas o casas aisladas, sino dando cuenta al Gobierno Provisional. Queda facultado, sin embargo, para llevar a cabo todas aquellas construcciones para recreo o instrucción que se hallan en armonía con el objeto del nuevo Parque, tales como salones de conciertos, bibliotecas, jardines de aclimatación u otros análogos, destinando sus productos a la conservación y mejora del mismo".

A pesar de la celeridad con que se efectuó la cesión del lugar al pueblo de Madrid, la entrega formal se fue retrasando, debido a la inestabilidad política existente en estos años de "Sexenio Revolucionario", 1868-1874, reflejada claramente en las palabras de un testigo presencial, Nicolás Estébanez, "no había ni monarca, ni ministro, ni gobernador, ni alcaldes, ni alguaciles, ni serenos...", que ordenasen este caótico país, a cuyo frente estaba el general Serrano y un gabinete compuesto por algunos cabecillas de la Revolución, como Prim, Topete, etc. (2).

El criterio que siguieron el Consejo de la Administración del Patrimonio que fue de la Corona de España y el Gobierno Provisional para convertir este Real Sitio en Parque público fue que reunía todas las condiciones "de recreo, higiene, moralidad e instrucción" buscados en estos lugares. Además, la capital de España contaría desde estos momentos con ese gran parque, existente ya en todas las más importantes ciudades europeas, volviéndose a demostrar, una vez más, el carácter provincial de Madrid y el retraso con respecto a otras capitales del continente.

Si bien los madrileños disfrutaban ya de la zona desde que Carlos III la abriera parcialmente, en determinados días y horas, a cambio de cumplir rígidas normas de comportamiento, que siguieron vigentes con Fernando VII, se relajaron con Isabel II, al convertirse en Parque de Madrid, se produjo la apertura total del lugar para las gentes, a las que no se les exigía esas condiciones primitivas, con lo cual el lugar adquirió un carácter marcadamente popular, reflejado en las construcciones y actividades que se daban en él.

1.2. *El aspecto del nuevo Parque durante el siglo XIX*

Seguidamente, estudiaremos cómo era el aspecto que presentaba el nuevo Parque de Madrid, durante el último tercio del siglo XIX, aproximadamente, esto es, desde que la zona se convirtió en

parque público hasta que acabó la centuria; describiendo las distintas partes y elementos que lo componían.

El antiguo Reservado

Durante los primeros tiempos de existencia del Parque del Retiro, el antiguo Reservado fue la única zona que no quedó franca, ya que sólo se podía acceder en ella determinados días, y previo pago de 0,25 pesetas por persona. Esta medida fue adoptada en julio de 1870, "con el fin de atender en parte a los cuantiosos gastos que ocasiona la conservación y fomento del Parque de Madrid" (3). Sin embargo, la recaudación, que no solía pasar de 1.200 pesetas al mes, no bastaba para cubrir los cuantiosos gastos que generaba el mantenimiento del Parque.

En septiembre de 1869, el francés Ernest de Berge presentaba un curioso proyecto (4), encaminando a convertir el Reservado en una Cité Madrileña o Colonia de casas, con jardín para ser habitadas por familias de posición desahogada, que el peticionario explotaría durante noventa años, a cambio de hacer todas las construcciones, incluido un mercado, además de los paseos arbolados (dispuestos octogonalmente y denominados de la Agricultura, Industria, Artes, etc.). Transcurridos los noventa años, la colonia pasaría al Ayuntamiento, al que mientras tanto le abonaría un canon anual de cuatrocientos reales de vellón por cada finca alquilada. Lógicamente, la petición no fue atendida, ya que iba contra lo establecido en el artículo 2.^o del decreto de 6 de noviembre de 1868 (Fig. 1).

El resto del Parque

Toda la superficie del nuevo jardín, de unas 120 hectáreas, que son las que tiene en la actualidad, se convirtió desde entonces en uno de los lugares más frecuentados por los madrileños, que allí encontraban no sólo el frescor, el aire oxigenado y variadas especies vegetales en las zonas ajardinadas y arboladas, sino también una serie de construcciones y entretenimientos, muchos de ellos conservados en épocas anteriores, a los que se sumaron otros nuevos ejecutados por la municipalidad, que pasaremos a estudiar para así formarnos una idea del aspecto que presentaba el Parque durante estos últimos años del siglo XIX.

En primer lugar, nos referiremos a las CONSTRUCCIONES, que se veían salpicadas por toda la superficie del Parque. De ellas, eran numerosas las de carácter recreativo, entre las que seguían conservándose los "Caprichos" que mandara hacer Fernando VII en el antiguo Reservado, algunos de los cuales se aprovecharon para instalar un Café o Restaurante. Así sucedió con la Casa Rústica o Persa, de la que se cogieron también 1.765 metros cuadrados de los terrenos que la rodeaban,

(1) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 5-99-25.

(2) RAMON MENENDEZ PIDAL (1981): *Historia de España. La Era Isabelina (1834-1874)*, 1.^aedición, Espasa-Calpe, Madrid, T. XXXIV, pág. 651.

(3) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 5-99-76.

(4) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 6-177-41.

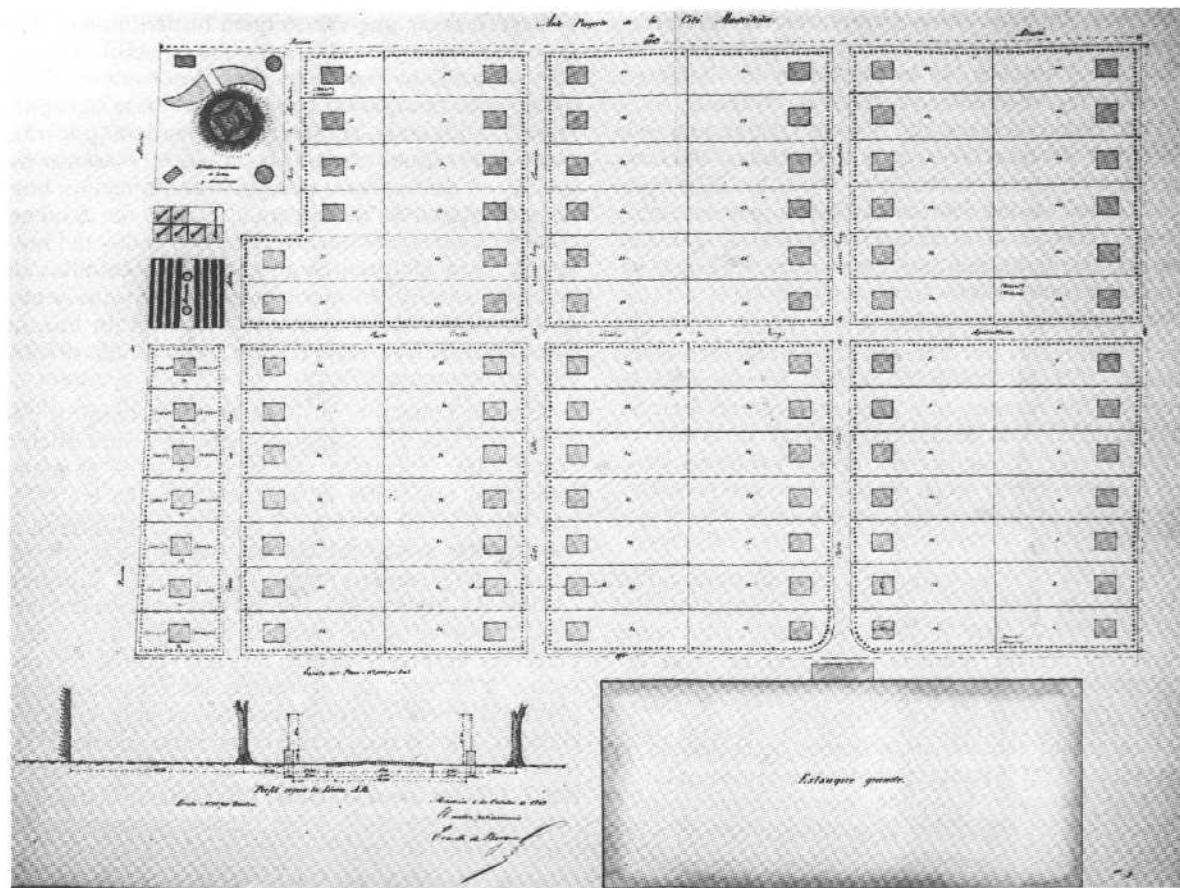


Figura 1. Anteproyecto para hacer en el antiguo Reservado una Cité Madrileña o Colonia Campestre Madrileña o Campos Recreativos, Industriales y Científicos, por el ingeniero Ernesto Bergue (1869). (Archivo de Villa.)

que fueron cercados para poder pasar al establecimiento en las horas nocturnas, en que el Parque estuviese cerrado; en 1894, ante el avanzado estado de ruina que presentaba, ya que muchos de sus pies derechos de madera estaban podridos y empezaban a desplomarse, el arquitecto municipal, José Urioste y Velada, recomendaba su derribo, llevándose a efecto en diciembre de dicho año.

Una de las construcciones recreativas más importantes del Retiro fue el PARQUE ZOOLOGICO, resultante de la mejora realizada por el Ayuntamiento sobre la antigua Casa de Fieras, que creara Fernando VII, aunque, según José Bordiu, dicha construcción fue derribada por orden de Isabel II ya que le parecía "mezquina y ridícula" (5). Fuera o no derribada la primitiva edificación, lo cierto es que ésta no bastaba a las aspiraciones de la corporación municipal, que pretendía que Madrid tuviese, al igual que otras grandes capitales europeas, este tipo de establecimiento, haciendo para ello todos los esfuerzos necesarios, pese a la falta de recursos con que contaba.

Por eso, nada más producirse la Revolución de septiembre de 1868 y pasar el Real Sitio a ser propiedad municipal, el Ayuntamiento decidió establecer en el nuevo Parque de Madrid un Departamento Zoológico. Para conseguir tal fin, en 1869,

se realizaron varias mejoras, como fueron un quiosco de hierro en el centro del patio, una caseta para el toro cebú, un pequeño estanque con cascada, además de otras obras, a la vez que procuraba aumentar el número de ejemplares existentes y prohibiendo que se sacasen y se llevasen a otros lugares.

Las existencias del Jardín Zoológico del Parque de Madrid se vieron grandemente incrementadas, al trasladarse a él, a principios de 1869, los animales existentes en el Jardín de Aclimatación, que Isabel II mandara hacer en el Jardín Botánico de la capital, a instancias de su director, Mariano de la Paz Graell, abierto al público en julio de 1860 y suprimido por el Ministerio de Fomento el 7 de noviembre de 1868 (6).

En abril de 1869, el número de animales ascendía a 219, de los cuales algunos fueron subastados, para conseguir algunos ingresos, ya que la situación económica municipal era muy precaria. Sin embargo, no se descuidó la adquisición de nuevos ejemplares, que continuaron aumentando por compras y donaciones. Creemos que es curioso indicar la distribución de estos animales, según se ve en una guía del Parque de Madrid de 1879, en el primer departamento se veían leones, leopardos, hienas, monos, un oso negro, un águila real, un gue-

(5) JOSE BORDIU (1957): *Cosas de Madrid. Apuntes para la historia del Buen Retiro*, 1.^a edic., V. Rico Impt., s.l., pág. 117.

(6) Archivo de Villa. Archivo de Contaduría, Leg. 3-271-11.

pardo, además de otros ejemplares; en el segundo patio se alzaba en su centro una jaula para monos; en el tercero, se encontraban la Elefantera (con llamas, dromedarios, toros de Filipinas, etc.), los Gallineros (en los que se encontraban una gran variedad de estas aves, como plateadas, de Java, de seda y otras muchas), y el Jardín Zoológico (con pavos reales, cabras de Egipto, gacelas, etc.). Todas estas construcciones se levantaban entre un espeso arbolado, del que destacaban bellísimas sequoias y magnolios.

A pesar de las opiniones en contra y aunque fuera calificado por algunos como "de escasísimo mérito" (7), el Jardín Zoológico se convirtió en uno de los lugares más concurridos del Parque, calculándose una media mensual de unos mil visitantes, que debían pagar, en los primeros años, un real por entrar en él, en las horas que permanecía abierto al público, de nueve a doce y de dos al anochecer (8).

Estos escasos ingresos no bastaban para cubrir los elevados gastos que suponía el mantenimiento del zoológico, que llegó a ser calificado como "una sanguijuela" para la municipalidad, que debía pagar elevados jornales e importantes sumas para el alimento de los animales.

Para paliar este déficit, a finales de la década de los años 80, el Ayuntamiento optó por alquilar la zona al domador, Cavanna, que llevó sus propios animales para exhibirlos al público, junto con los allí existentes, a cambio de dar al Municipio el 10 por 100 de lo recaudado por las entradas, que no podían pasar de una peseta, costando dos reales los domingos y jueves de la primera semana de cada mes.

Al no dar buenos resultados este alquiler y al encontrarse los animales en un claro estado de abandono, el Ayuntamiento decidió convocar un concurso, al que se presentaron, entre otros, el Sr. Cavanna. La proposición elegida fue la del Sr. Figueroa y Torres, vizconde de Irueste, que pretendía dar al Ayuntamiento el 15 por 100 de las entradas durante los tres primeros años, porcentaje que iría aumentando en años sucesivos, hasta llegar al 20 por 100, a la vez que permitiría la entrada libre a los alumnos de Ciencias Naturales de la Universidad de Madrid y a los alumnos de la Escuela de Veterinaria, explotándolo bajo la denominación de Jardín Zoológico y de Aclimatación. Tampoco debió prosperar esta idea, ya que, pocos años después, el zoológico era arrendado nuevamente al señor Cavanna por un período de veinte años.

A pesar de todos estos esfuerzos, a comienzos de nuestro siglo, el estado del Zoológico seguía siendo muy poco halagüeño, viéndose animales solamente los domingos, siendo muy escasa la afluencia de público durante el resto de la semana, ya que los ejemplares allí existentes no ofrecían demasiado atractivo, hasta el punto de que, en 1916,

se llegó a decir que era exagerado denominar Parque Zoológico "a un minúsculo espacio de terreno, amurallado por unos tapias ruinosas, con unas verjas mohosas, tras las cuales se agrupan, aquí y allí, unos tenderetes de madera podrida, unos palitroques torcidos, pintados y sombríos, donde, en unos, viven, por gracia donación, gentes extrañas a la dependencia y servicio del Parque, y de otros, los menos, los empleados del mismo; y para el final, en unas cuantas celdillas de colmena se exhiben incrustados una docena y media de infelices animales. ¿Es esto un Parque Zoológico de una capital o un barracón de titiriteros transhumanos?" (9).

Ante la constante insistencia de la opinión pública para que el Zoológico recibiese ayuda oficial, como había sucedido con el de Lisboa, el pleno municipal aprobaba la propuesta, hecha en 1918, por el concejal Manuel Tendero, encaminada a transformar sus instalaciones. Las obras corrieron a cargo del jardinero mayor de Parques y Jardines, Cecilio Rodríguez, que realizó una importante mejora, al convertir las antiguas estancias de los animales en limpias y alegres moradas con rejas convexas, a la vez que derribaba las feas casuchas, plantaba amenos jardines con bellas plazoletas decoradas con cerámicas vidriadas entre fuentes y estanques, pensándose incluso hacer un acuario y una estufa de aclimatación (10). La reconstrucción, cuyo coste ascendió a unas 135.000 pesetas, fue favorablemente acogida, considerándose ya que Madrid contaba con una Casa de Fieras a la altura de las otras capitales europeas, de la que los madrileños pudieron disfrutar a partir de los primeros días de noviembre de 1921, en que fue inaugurada.

A lo largo de nuestro siglo, siguieron realizándose diversas mejoras y ampliaciones, hasta que el Zoológico era trasladado a la Casa de Campo, inaugurándose el nuevo el 23 de junio de 1972, tras lo cual la zona se remozó y ajardinó.

También se veían por el Parque de Madrid CONSTRUCCIONES DE CARÁCTER CIENTÍFICO, como el Telégrafo Óptico, instalado en un pequeño castillo de tipo romántico, flanqueado por cuatro torreones almenados, con ventanas y puertas ojivales abiertas en sus tres pisos, hechos a base de piedra, ladrillo, madera y cubierta de plomo. Años más tarde, se ubicó en él un observatorio geodésico, habiendo de repararse, en 1884, al hundirse parte de la azotea, debido al gran peso de la enorme piedra que era la base de un aparato para las observaciones geodésicas. A finales de siglo, volvió a ser reparado para establecer en él el Instituto Central Meteorológico, que ya funcionaba en 1892.

Otro importante edificio de carácter científico fue la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, que se construía en 1882, en terrenos del Observatorio Astronómico, según diseño del arquitecto Mariano Carderera, que recibió la apro-

(7) RAFAEL GIL Y TOMAS ROMEA (1881): *Guía de Madrid*, Madrid, pág. 181.

(8) (5 agosto 1894): "Espectáculos para hoy", en *El Nacional*, núm. 128.

(9) FERNANDO MOTA (1.º diciembre 1916): "¡Nada me-

nos que la Casa de Fieras!", en *Nuevo Mundo*, núm. 1.195, Imp. Nuevo Mundo, Madrid.

(10) J. CARMONA VITORINO (4 noviembre 1921): "El Parque Zoológico", en *Alrededor del Mundo*, núm. 1.168, Madrid.

bación del arquitecto municipal, José Urioste y Velada (11). Una vez en funcionamiento la escuela, se necesitaban los terrenos inmediatos al edificio para que los alumnos realizasen en ellos prácticas. Las razones que se aducía para que les fuesen concedidos era la de ser una zona apenas frecuentada por el público y que contenía muy poca vegetación, sólo algunos pinos. Sin embargo, la solicitud no fue concedida, porque para estos terrenos tenía el Ayuntamiento previsto una serie de mejoras.

Uno de los signos más claros del cambio de carácter que sufrió el Retiro al pasar de posesión real a municipal se vio en la creación, por toda su superficie, de ESTABLECIMIENTOS DE HOSTELERIA, como Cafés, restaurantes, casa de Vacas, etc.; además de numerosos puestos de venta de agua, flores, periódicos, etc., así como de un buen número de retretes, todo lo cual daba un claro carácter popular y multitudinario, que no tuvo en sus orígenes.

A lo largo de los años, se fueron sacando a subasta diversas superficies del Parque para que allí se ubicases estos establecimientos de hostelería y venta al público, por los que el ganador de la subasta debía pagar al Ayuntamiento un canon arrendatario anual no superior a quinientas pesetas, a la vez que debía cumplir una serie de condiciones, como el ajustarse a unos modelos de sillas

y mesas establecidos. Quedaba que no permitía la instalación de nuevos establecimientos, cuyos servicios ya se prestasen en el Parque.

A partir de 1870, fueron numerosísimas las subastas y concesiones de los mismos, cuyos terrenos variaban de cinco metros cuadrados (como el quiosco de la fuente del Povar, que tenía veladores semejantes a los del Salón del Prado, entre otros), a veinte (como el puesto de la fuente de la Salud o el de la Gruta), o a treinta metros superficiales (como tenía el quiosco que estaba junto a la fuente Egipcia). Incluso se hicieron concesiones de terrenos más amplios, como los casi trescientos metros cuadrados que tenía el quiosco junto a la fuente de la Reina.

También fueron diversas las peticiones denegadas y varios los proyectos que quedaron sin realizarse, como el propuesto por L. Alba Salcedo para construir una Casa de Vacas modelo, con una fachada de treinta metros y sesenta de profundidad, así como un restaurante en el embarcadero. Algunas ideas fueron más atrevidas, como la efectuada, en 1885, por Julián Delgado para establecer un acuario en el que se expendería pescado.

A pesar de todo lo que no se hizo, el número de estos establecimientos que se veían en el Parque fue elevado, pudiéndose encontrar sus servicios a todas horas.

Entre estos establecimientos de hostelería brilla-

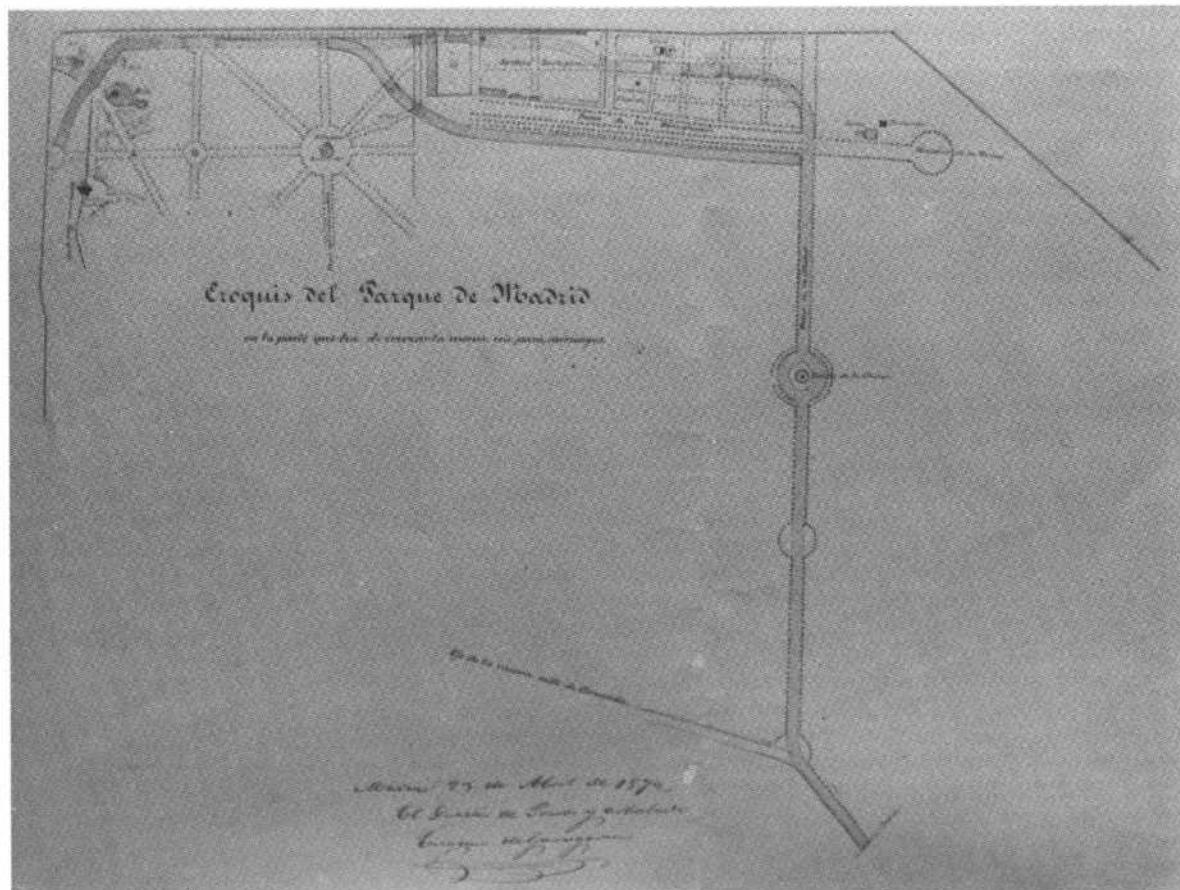


Figura 2. Proyecto para el Paseo de Carruajes, hecho por el director de Paseos y Arbolados, Eugenio de Garagarza (1872). (Archivo de Villa.)

(11) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 11-497-86.

ba con luz propia la Casa de Vacas, ubicada entre el lado norte del Estanque Grande y los cocherones inmediatos a la fuente de la Salud y ocupada hasta que se incendió en 1983 por una Sala de Fiestas. En 1883, ya estaba arrendada a Mateo Cabezas, al que se le fueron prorrogando los plazos, estando al frente de ella muchos años, durante los que se convirtió en uno de los lugares más concursados del Parque, tal como se refleja en un artículo de prensa de 1883 "en primavera, por las mañanas y tardes, se reúnen allí todas las clases sociales de Madrid, antes o después de ir a las frondosas alamedas y sonrientes jardines del Parque" (12). Sin embargo, pocos años después, tras el ciclón del 12 de mayo de 1886, la Casa de Vacas quedó prácticamente destrozada, restando únicamente en pie algunas pilas de piedra. Tras su reconstrucción, en nuestro siglo, la vaquería seguía siendo uno de los puntos más concursados del Retiro, contando con ventilados establos, además de otras instalaciones y un popular café-restaurante, situado entre una frondosa arboleda, en el que se unía un buen servicio a unos precios módicos, por lo que era muy frecuentado por el público. En la década de los años veinte, el viejo edificio fue reemplazado por otro mayor, con terrazas y patinadero.

Igualmente, fueron abundantes los PASEOS, muchos de ellos conservados de épocas anteriores, como el de las Estatuas, ejecutado por Isabel II.

De entre todos destacó el PASEO DE COCHES, que empezó a realizarse al poco tiempo de abrirse al público el antiguo Real Sitio. En efecto, al convertirse el lugar en propiedad municipal, se pensó que éste debía tener un gran Paseo de Coches, al igual que el Bois de Boulogne de París o el Hyde Park de Londres. Sin embargo, inmediatamente empezaron a oírse las voces de los que estaban en contra, tanto en la prensa como entre los mismos concejales, entre los que destacaba el señor Carnicero, alegando que sería necesario cortar unos dos mil árboles. Por el contrario, los que estaban a favor aducían que no era ese el número de árboles que tenía que desaparecer, ya que en algunas zonas no había árboles y en otras solamente algunos frutales que debían desaparecer para hacer jardines. Como muestra de las opiniones favorables a la ejecución del Paseo de Coches expondremos unos párrafos de un artículo de 1874, en el que se dice "¿Es necesario un Paseo de Carruajes en el Parque de Madrid? Si por necesario se entiende lo que se hace por una causa ineludible, no es necesario; pero si lo necesario es lo útil y provechoso para unos y no incomoda a los demás, el paseo no debe tener fundada oposición" (13).

Otros motivos dados a favor del nacimiento del Paseo fueron el dar trabajo a jornaleros en paro, el que Madrid contara con un amplio lugar para el esparcimiento de todas las clases sociales, aunque los verdaderamente beneficiados fueron la aristocracia y la gente adinerada, que sentían la necesi-

dad de tener un gran paseo para sus carroajes de lujo y caballos, ya que el Paseo de la Castellana resultaba pequeño, confirmando esta opinión el hecho de que fue la aristocracia, por medio de su portavoz el conde de Fernán Núñez, quien aportó cincuenta y cinco mil pesetas, la mitad del coste de la obra (14)). Pero, quizás, uno de los motivos de más peso para llevar a cabo su construcción fuera el de poder recaudar dinero, que incrementase los escasos fondos municipales, ya que se estipuló que los carroajes y caballos que pasasen por él pagarían dos pesetas y cincuenta céntimos, lo que supondría un rendimiento mensual de dos a tres mil pesetas, aunque también se permitía sacar un abono, por el que los carroajes pagarían cinco pesetas al mes y los caballos la mitad (15).

Con todos estos precedentes, en sesión municipal del 29 de abril de 1872 se aprobaba, por veintinueve votos a favor y diez en contra, la realización del Paseo de Carruajes.

Para su ejecución se contaba con dos proyectos. El primero presentaba un recorrido que partía de la plazuela llamada de la Tela, pasaba por la Casa de Fieras e iba a la fuente de la China, siguiendo el recorrido del antiguo Río Grande; para hacer esta vía no era necesario derribar ninguna construcción, debiendo únicamente quitar diversos árboles de sombra, como ciento ocho olmos, acacias, sóforas; además de viejos frutales, ascendiendo toda la obra a 92.202 pesetas. El segundo proyecto sí que atravesaría la Casa de Fieras y el llamado Plan de Román, en el que debería destruirse su mejor arbolado, como setenta y ocho olmos, quince almejas, once ahilantes, veintidós acacias, ocho gledizias, veintiuna moreras, veintinueve pinos, tres fresnos, cuatro cipreses, así como numerosas ramas de encina y almendros, siendo su coste de 95.400 pesetas (Fig. 2).

El proyecto elegido por la Comisión especial designada para tal fin fue el primero, aunque añadiéndole un semicírculo en torno a la ría de patinar.

En 1874, el entonces comisario del Parque, el conde de Fernán Núñez, encargaba a los arquitectos municipales Eugenio Barrón y Eugenio de Garagarza, la construcción del nuevo Paseo, cuyo coste total ascendería a 110.009 pesetas, teniendo una longitud de tres kilómetros y veinte metros de ancho, dividido en una zona central de catorce metros (que iría afirmada con piedra partida y un recubrimiento de arena, según el sistema Mac Adam, dejando a cada lado una franja de medio metro); a ambos lados de esta franja central, se haría una zona de casi cinco metros para ser utilizada por los que fueran a caballo (16).

El 23 de octubre de 1874 tenía lugar la inauguración del Paseo de Coches, aunque, años después, todavía se estaba afirmando y encintando. Las obras verán el fin siendo comisario del Parque el conde de Toreno, en honor del cual se denomina-

(12) (22 mayo 1886): en *La Ilustración de España*, núm. 20, pág. 155.

(13) EUGENIO BARRÓN (22 marzo 1874), en *La Ilustración Española y Americana*, núm. XI, pág. 170-171. Imprenta Rivadeneyra, Madrid.

(14) MARIANO GARCIA CORTES (1950): *Madrid y su fisonomía urbana*, 1.^a edic., Artes Gráficas Municipales, Madrid, pág. 37.

(15) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 8-103-67.

(16) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 5-483-13.

ron "los torenos" dos corpulentos pinos que se dejaron en el centro de una isleta en medio de la vía, y que aún podemos ver en la actualidad.

Desde 1885, se empezaron a conceder permisos para poder circular por dicho Paseo en velocípedo, deporte de moda en estos momentos, pudiéndose alquilar los vehículos en la Casa Rústica a dos pesetas la hora. El número de velocípedos que circulaban por la zona llegó a ser tan numeroso que hubo de señalizarse la zona comprendida entre la Montaña Rusa y la Casa de Fieras.

Desde su inauguración, el Paseo de Coches se convirtió en una de las zonas más frecuentadas no sólo del Parque, sino de la capital, ya que por él circulaban numerosos velocípedos, peatones, caballos y ricos carroajes, y convirtiéndose, en cierto modo, en el sustituto de lo que había sido el Paseo del Prado durante el siglo XVIII y del de la Castellana en ese mismo siglo XIX (Fig. 3).

Seguidamente, pasaremos a ocuparnos del estado de los JARDINES que formaban el Parque.

El trazado general seguía siendo el tradicional, con una manifiesta falta de unidad, ya que se veían diferentes parcelas yuxtapuestas, cada una con un diseño diferente, siendo el predominante el geométrico.

Aunque la mayoría de las zonas ajardinadas siguiesen con este trazado secular, fue a partir de 1870, siendo comisario del Parque Fernando Casanini, cuando comenzaron a hacerse diversos proyectos para embellecer algunas zonas de este lugar

con jardines a la inglesa, hasta ahora ausentes del Retiro, siguiendo lo que se había hecho en el París de Napoleón III, concretamente en el Bois de Boulogne y otras grandes zonas verdes, debido en parte, a que el jardín romántico se convirtió en el ideal de la clase media, con gran poder en la Europa de estos momentos (17).

Para realizar este nuevo tipo de jardín se eligieron diversas zonas, como la parte delantera de la Casa de Fieras, o algunos terrenos baldíos, entre los que se encontraban los barrancos del Telégrafo, el plantío de Almendros, o el mismo cementerio que mandara hacer Carlos III, para cuyos terrenos no solamente se pensó embellecerlos con jardines a la inglesa, sino también levantar en él una elegante capilla, de estilo gótico o renacentista diseñada en 1877 por L. F. Pretel "como homenaje a las víctimas de la Independencia, que yacen en tan solitario como abandonado lugar" (18). Sin embargo, ninguna de estas ideas se hizo realidad.

En cambio, sí se llevó a cabo el proyecto de hacer un jardín paisajista en el Campo Grande, denominado así un amplio rectángulo, de dieciséis hectáreas y diez áreas, limitado por el norte por el Estanque Grande, y por el este y sur por el Paseo de Coches (Fig. 4). En sus orígenes esta zona estuvo dedicada a ser cazadero real, permaneciendo en estado erial hasta que fuera ajardinada geométricamente en tiempos de Isabel II. En 1876, el director de Jardines y Plantíos, Eugenio de Garagarza, viendo ya pasado de moda el diseño geométrico y



Figura 3. *El Paseo de Carruajes en 1886 (La Ilustración de España)*.

(17) RICHARDSON WRIGHT (1934): *The story of Gardening*, New York, pág. 122.

(18) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 6-163-69.

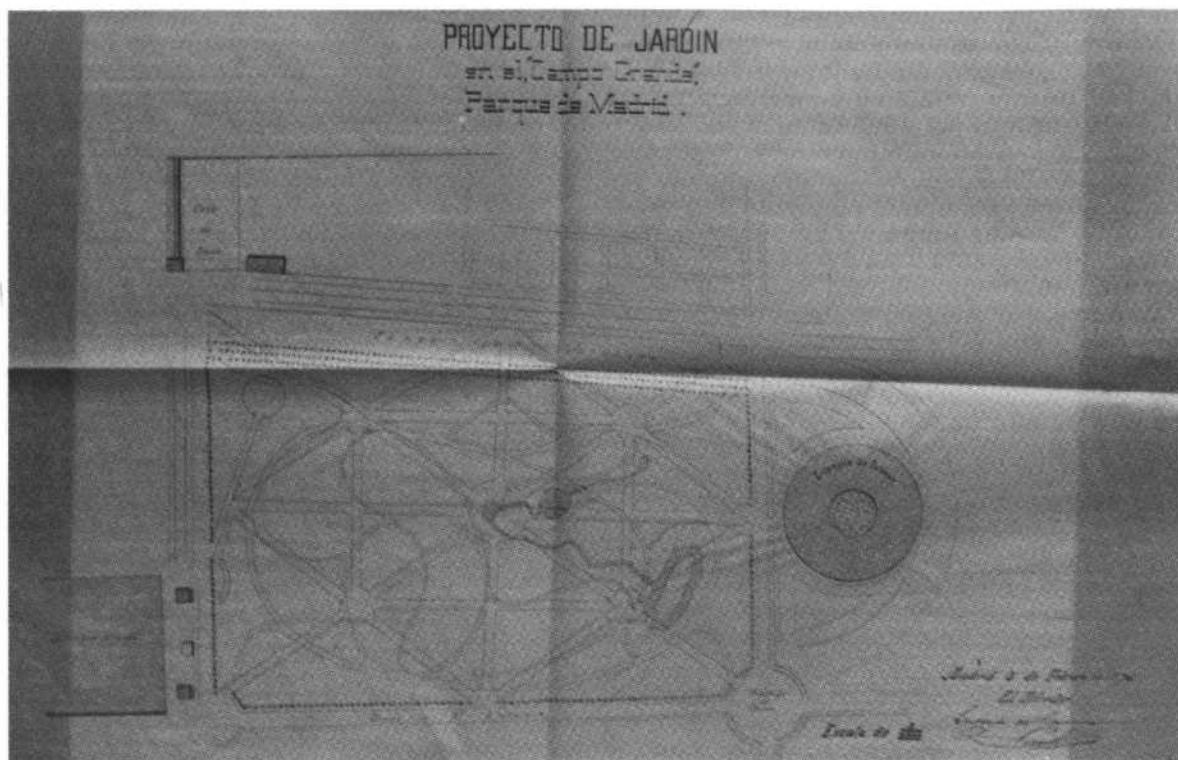


Figura 4. *Proyecto de Jardín Paisajista en el Campo Grande del nuevo Parque, por Eugenio de Garagarza (1876). (Archivo de Villa.)*

siendo partidario de seguir el modelo de jardín puesto de moda en Europa desde mediados del siglo XVIII a partir del redescubrimiento en la Naturaleza, bajo la influencia de pensadores como Rousseau, Milton y otros, a lo que habría que sumar las importantes descripciones que de China hacían los misioneros. Fue el inglés William Kent quien, recogiendo todas estas influencias, fue uno de los pioneros en configurar el nuevo tipo de jardín en su país, que por su climatología tuvo allí un total arraigo, ya que son necesarias abundantes aguas para el riego de sus extensas praderas, siendo ésta una de las principales cortapisas para el desarrollo de esta suerte de jardín en nuestra capital, debido a la sequedad y a las altas temperaturas en determinadas épocas del año. A pesar de todas estas dificultades, acentuadas por la poca calidad del terreno, Eugenio de Garagarza quería que el Parque de Madrid contase con zonas ajardinadas paisajísticamente, al igual que otros parques europeos, como el Bois de Boulogne, el Parc de Monceaux, el Butler de Chamont, etc. El director de Jardines y Plantios vio que el Campo Grande presentaba las condiciones necesarias para realizar en él este tipo de jardín, ejecutando el proyecto entre 1877 y 1878, en el que, sobre un terreno desigual de distintos niveles, diseñó todos sus elementos característicos, como una ría de cuatrocientos cincuenta metros, con isletas, puentes rústicos, grutas, cascadas y un estanque, así como diversos caminos sinuosos, entre amplias praderas, que formaban perspectivas angulares y no lineales como en los jardines geométricos tradicionales. Igual-

mente, consideraba Garagarza que era una zona propicia por estar orientada al mediodía, pudiéndose hacer un jardín de invierno (19). Pocos años después, completando la belleza de la zona, se hicieron dos importantísimos pabellones, como son el de Velázquez y el de Cristal, de los que trataremos más adelante.

Además de ajardinar diversas zonas, el Ayuntamiento tuvo una gran preocupación por conservar y aumentar el arbolado, realizando para ello diversas plantaciones, a la vez que prohibía muy encarecidamente la tala de árboles, necesaria a veces para efectuar cualquier tipo de construcción o instalación, llegando a no conceder licencias para realizar las obras necesarias para ubicar en el Parque algunos espectáculos de interés para el público, como fue el caso de la Montaña Rusa, ya que se pensó que la colocación de los raíles perjudicaría al arbolado de la zona. También fue denegada la solicitud de hacer un velódromo en la zona comprendida entre el antiguo cementerio, el Campo Grande y la recién abierta calle de Alfonso XII.

Este celo llegó a conseguir que el Parque contase con abundantes flores (de las que Fernández de los Ríos destacaba la gran cantidad de lilas existentes), variados arbustos de diversas especies y una gran cantidad de árboles, que junto con los del vecino Jardines del Buen Retiro, sumaban, en 1888, unos 158.400 ejemplares, entre los que abundaban las acacias, los almendros, guayacanas, pinos, robles, áceres, ahílantos, moreras, tuyas, etc., predominando sobre todo los olmos (20). Con todos ellos se consiguió formar frondosas alamedas

(19) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-163-68.

(20) CELEDONIO RODRIGAÑEZ (1888): *El arbolado de Madrid*, 1.^a edic., Imprenta Municipal. Madrid, pág. 36.

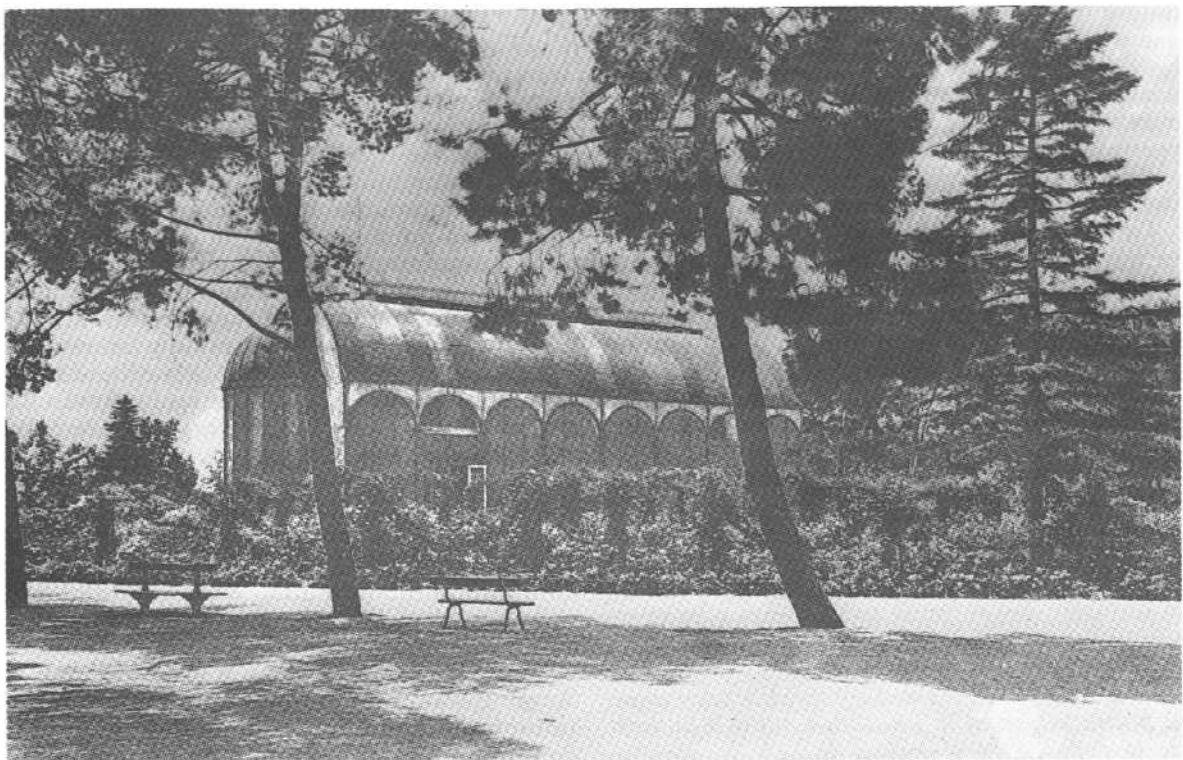


Figura 5. La gran Estufa del Marqués de Salamanca, trasladada al Parque de Madrid a partir de 1877 y ubicada en la actual Rosaleda, de donde desapareció a comienzos de nuestro siglo.

y amenos jardines, a pesar de las grandes pérdidas producidas a consecuencia del ciclón que azotó Madrid el 12 de mayo de 1886 (21).

Aunque también existieron zonas baldías en la parte meridional, que no fueron ajardinadas hasta nuestro siglo, siendo algunas de ellas calificadas como poco salubres, el Parque se convirtió en un gran pulmón, ya incrustado en el casco urbano de la capital, en el que los madrileños pasaban numerosas horas disfrutando de sus sanos aires, aunque a principios del siglo XX muchos empezaron a preferir zonas verdes más alejadas, como el Pardo.

También fue elegido el Parque para instalar un Centro municipal de Enseñanza de Floricultura y Arboricultura, con el fin de que allí recibiesen instrucción jóvenes artesanos, que más tarde trabajarían en los jardines municipales. Para ello, en 1885, fueron creadas dos cátedras (22), en las cuales se impartirían estas enseñanzas, con las que se pretendía paliar la falta de preparación teórica de nuestros jardineros, ya percibida por los reyes borbones del siglo XVIII y por la misma Isabel II pocos años antes, al crear la Escuela de Jardineros Horticultores.

Los jardines del Parque de Madrid se vieron salpicados por numerosos elementos típicos de estas zonas verdes.

Entre ellos distinguiremos los INVERNADEROS, de los que el Ayuntamiento, nada más hacerse cargo del antiguo Real Sitio, procuró dotar al nuevo Parque de este tipo de construcciones necesarias para el cultivo de plantas, a pesar de que

su mantenimiento era costoso, tanto por los materiales necesarios para su funcionamiento (como carbón, betún, esteras, tierra de brezo para los tiestos, etc.), como por el personal que estaba a su cuidado.

Entre los invernaderos más notables estaban el bellísimo Palacio de Cristal, hecho como gran estufa para la Exposición de Filipinas de 1887, pero que al no ser utilizado como tal, sino como salón de exposiciones, lo estudiaremos más adelante.

Quizá el invernadero más importante con que contó el Parque fue el que el marqués de Salamanca tenía en el jardín de su palacio del Paseo de Recoletos, que fue trasladado al Retiro a cambio de recibir del Municipio unos terrenos en la antigua Ronda de Recoletos, tras un acuerdo tomado el 10 de abril de 1876. Un año después, empezaba la instalación de este soberbio ejemplar, hecho en hierro y cristal, con termosifón, alumbrado por gas y decorado con tres fuentes, habiendo sido ejecutado, por la cantidad de quinientos noventa y seis mil reales de vellón, en los talleres de Konnas Hermanos de Londres (23). Esta gran estufa, en la que se cultivaban una gran variedad de plantas, incluidas las exóticas, fue ubicada en la actual Rosaleda, pudiéndose ver aún la base sobre la que estuvo situada. Esta alta construcción, apoyadas sobre arcos de medio punto y rodeada de jardines con una ría, permaneció en este lugar hasta los últimos años de la década de 1920 (Fig. 5).

Además de estos dos bellos ejemplares, existieron otros invernaderos de menor entidad. Unos

(21) (30 mayo 1886): "Destrozos causados por el ciclón en Madrid el día 12 de mayo del corriente", en *La Ilustración*, núm. 291, pág. 346.

(22) Archivo de Villa. A.S.A. Legs. 6-488-52 y 6-218-39 (desaparecidos).

(23) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 5-481-1.

traídos de diversos lugares de la capital, como los que se trasladaron, en 1887, desde la Pradera de los Guardias, colocándose en la zona meridional, donde continúan actualmente; y otros hechos de nueva planta, como dos ejecutados, en 1876, y puestos en el Campo Grande, o también los encargados, a finales de siglo, a Pablo Roland y a Rafael de Soia.

La mayor parte de estos invernaderos ya fueron hechos con estructura de hierro, según la moda impuesta desde mediados del siglo XIX, abandonándose la tradicional forma de hacer estas construcciones, a base de madera.

Igualmente, fueron numerosas las FUENTES, de las que tenemos que distinguir unas de tipo rústico, y otras de carácter más refinado.

Entre las primeras, citaremos la fuente de la Gruta (situada cerca del Estanque Grande, llamándose así por estar en una gruta subterránea, a la que se bajaba por una escalera de piedra berroqueña) y la de la Salud (denominada de esta manera por creerse que sus aguas tenían propiedades medicinales, siendo sobre todo buenas para el estómago y el riñón. La construcción, carente de todo interés, estaba hecha de ladrillo y mampostería, recubriendo su fealdad con hiedra, tal y como la podemos ver en la actualidad, junto a la verja de la calle de Alcalá) (Fig. 6).

Entre las fuentes de talla más refinada, mencionaremos dos importantes ejemplares, que hoy podemos ver en los extremos del lado occidental del Estanque Grande y que curiosamente no fueron hechas para instalarlas en el Parque, sino para que ornasen otros lugares de la capital, siendo trasladadas al Retiro en la década de los años 1880, cuando era director de Fontanería y Alcantarillado José Urioste y Velada.

Una de las fuentes es la de la Alcachofa, diseñada por Ventura Rodríguez y decorada con esculturas de Alfonso Vergaz, que realizó los tritones y la sirena, y de Antonio Primo, que hizo los amorcillos y la alcachofa (24). La fuente fue construida en 1781 y ubicada cerca de la antigua puerta de Atocha, donde llegó a estorbar, debido al considerable tránsito de la zona, por lo que hubo de qui-

tarse y trasladarse, en 1880, al ángulo suroeste del Estanque, donde la podemos contemplar. La fuente consta de dos cuerpos, el inferior con dos tritones sosteniendo el escudo de Madrid y el superior con cuatro "putti" y encima, la alcachofa, que le da nombre; todo ello situado en el centro de un pilón circular.

La otra fuente, ubicada actualmente en el ángulo noroeste del Estanque, es la de la Red de San Luis, llamada así porque fue en este lugar donde se situó. También es conocida por los Galápagos o por la fuente Isabel, puesto que se realizó, en 1831, para conmemorar el nacimiento de la futura reina. La traza de esta fuente de granito se debe al arquitecto municipal Javier de Mariátegui y las esculturas, en piedra de Colmenar y bronce, a José Tomás, siendo éstas una de las primeras piezas fundidas en Madrid (Fig. 7).

Dentro de este tipo de fuentes refinadas, también es digna de mención la, hoy seca, del Angel Caído. Compuesta por un pilón octogonal, en cuyo centro, sobre un gran pedestal de ladrillo revocado y adornado con surtidores y rostros bronceados, de monstruos, se levanta la magnífica escultura de Ricardo Bellver y Ramón, dedicada al Angel Caído, hecha en bronce mientras estaba pensionado en Roma y premiada con la medalla de Primera Clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes en 1878 (25).

Tampoco faltaron en el Parque los ESTANQUES, algunos de poco valor, como el de los Perros o también llamado Baño de la Elefanta (situado cerca del antiguo Telégrafo). Era de forma rectangular, con muros revestidos de ladrillo, circundado por un muro de piedra berroqueña y pavimento empedrado; debiendo pagarse cuatro centavos por bañar cada perro). Otros estanques eran de mayor calidad, siendo de éstos el más destacable el Ochavado (existente desde que lo mandara hacer Felipe IV, en el siglo XVII. De él sólo nos cabe añadir que fue el centro de un paraje muy frecuentado por melancólicos y uno de los lugares preferidos por los suicidas, contabilizándose, hasta 1879, más de doscientas muertes en él (26)).

Pero el estanque que brillaba con luz propia era



Figura 6. La fuente de la Salud (1885).



Figura 7. La fuente de los Galápagos, diseñada por Javier de Mariátegui y trasladada al Parque desde la Red de San Luis.

(24) M. ESCRIVA DE ROMANI (1941): *Estado actual de la escultura pública en Madrid*, 1.^a edic., Ayuntamiento de Madrid, Madrid, pág. 12.

(25) BERNARDINO DE PANTORBA (1980): *Historia de*

las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes celebradas en España, 2.^a edic., edit. por J. R. García-Ramos, Madrid, pág. 109.

(26) *Guía histórica del Parque de Madrid*, por D.E.R.N., Madrid, 1879, pág. 25.

el Grande, que desde tiempos de Isabel II estaba arrendado a Carlos Sanz Múgica, quien, además de las embarcaciones que circulaban por él, tenía arrendada una chocolatería (situada en el salón de entrada el Embarcadero, para la que se concedieron, en 1872, doce veladores para la plaza contigua a dicho establecimiento, en el que años más tarde se estableció una orquesta de bandurrias para amenizar las veladas). Además de los servicios que se ofrecían en sus inmediaciones, el Estanque se convirtió en una importante zona de espectáculos, de los que cabe destacar las carreras de velocípedos, que tenían lugar algunos domingos, al igual que se hacía en el Parque de Boulogne. Estas carreras empezaron en 1869 y para presentarlas debía pagarse un real por un lugar en los bancos de piedra, dos reales por una silla y un escudo por un sillón debiendo darse al Ayuntamiento la mitad de lo recaudado. También tenían lugar en el Estanque Grande regatas, espectáculos de fuegos artificiales, etc.

El aspecto del Estanque, seguía siendo el mismo que el que presentaba en tiempos de Fernando VII, ya que en el lado sur seguía la fuente egipcia y en el oriental el Embarcadero, ambos diseñados por Isidro González Velázquez y que embellecían este gran depósito de agua, cuya estructura fue descrita en 1871 como "construido con muros de sostenimiento de fábrica de mampostería refrentada de ladrillo con una albardilla de piedra de granito, sobre la que hay una hilera de adoquines de granito, que sirve de asiento, en los lados norte, sur y oeste, que tienen una barandilla de hierro forjado, con cincuenta y nueve pilastras de piedra blanca de Colmenar. El lado este está limitado por un pretil de fábrica de ladrillo y en cuyo centro está el embarcadero" (27).

El Estanque estaba surtido por diversas norias, como las del Mallo, la del Conde, la de Marinos y la de la Magdalena, así como pequeños estanques como el del Mallo y el de la Magdalena. Con todos ellos, se consiguió reunir un gran depósito de agua, calificado por Pedro Antonio de Alarcón como un espectáculo embelesador, como una gran masa de agua, con patos, cisnes, etc., rodeada de árboles.

Con todos estos elementos se consiguió dar al nuevo Parque un agradable estado, a base de una gran frondosidad y diversas construcciones y espectáculos, que convirtieron la zona en una de las predilectas de la capital. Pero además, el Retiro se aprovechó como marco para celebrar en él diversas EXPOSICIONES.

La gran proliferación que tuvieron en el siglo XIX las exposiciones, de carácter nacional durante la primera mitad de la centuria y proliferando las de carácter universal desde que se inaugurara la de Londres de 1851, celebrada en el Hyde Park, donde Paxton hizo su célebre Palacio de Cristal. Mientras que todas las principales capitales europeas procuraban celebrar su Exposición Universal como sucedió en Barcelona en 1885, en Madrid, con un carácter más provinciano, solamente tenían

lugar exhibiciones de carácter nacional, o a lo sumo hispánico o colonial, aunque no faltasen propuestas para hacer otras más pretenciosas, según veremos más adelante.

Sin embargo, aunque no fueran de gran ámbito, fueron muy numerosas las exposiciones celebradas en nuestra capital, muchas de las cuales tuvieron como marco el nuevo Parque del Retiro, aunque no faltaron opiniones contra su celebración, aduciendo que perjudicarían el arbolado y los jardines.

Entre las exposiciones celebradas mencionaremos algunas cuyas instalaciones fueron provisionales, como las exposiciones de ganados, que tenían lugar cada año, hasta que desaparecieron en 1883, en la zona comprendida entre la calle de Granada (hoy, Alfonso XII) y el Campo Grande. De ellas son destacables, la de 1880 (para la que se realizó un jardín provisional, exhibiéndose abundante ganado) y la de 1882, que superó a las anteriores, no sólo por su solemne inauguración, ya que contó con la asistencia de SS.MM., sino por todo su plan general, hecho por el arquitecto Arturo Mélida, entonces titular del Ministerio de Fomento, que diseñó bellos pabellones, entre los que destacaba el Regio, de estilo mudéjar, rodeado por un gracioso jardín a la inglesa (28).

Más numerosas y propias del lugar fueron las muestras de Plantas, Flores y Animales, fundamentalmente caninas y de avicultura, que eran patrocinadas por la Sociedad Central de Horticultura. Estas exhibiciones tenían lugar en diversas zonas del Parque, pero preferentemente en el Parterre. De ellas, puede servirnos como ejemplo la de junio de 1882, para la que se construyeron numerosos pabellones, siendo destacable el de la Real Casa de Campo y el pabellón árabe del marqués de Campo.

Otras exposiciones celebradas en el Parque requirieron instalaciones de carácter permanente, como sucedió con la de Minería de 1883 y la de Filipinas de 1887, para las que se realizaron sendos pabellones, que fueron ubicados en el Campo Grande y realizados por el arquitecto burgalés Ricardo Velázquez Bosco, autor también de importantes edificios madrileños, como el Ministerio de Agricultura, la Escuela de Minas, etc., habiendo remodelado la fachada occidental del mismo Casón, entre otras obras. Estos dos edificios han seguido utilizándose como marcos de exposiciones hasta nuestros días.

Para la Exposición Nacional de Minería, Artes Metalúrgicas, Cerámica y Cristalerías de 1883, a la que concurrieron numerosos productores españoles y extranjeros, el Ministerio de Fomento encargaba, en abril de ese mismo año, a Ricardo Velázquez "construir un edificio permanente" en el Parque de Madrid, que pudiera utilizarse en adelante para otras exposiciones (29) (Fig. 8). Con el fin de no privar al público de sus paseos habituales, se eligió el Campo Grande paraemplazar el pabellón, hecho en hierro, ladrillo y cristal, formando un vasto paralelogramo de treinta mil pies cuadrados de superficie. El edificio, para el que el

(27) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 5-99-32.

(28) (8 junio 1882): "Exposición de ganados", en *La Ilustración Española y Americana*, núm. XXI, pág. 347.

(29) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 7-98-64.



Figura 8. *El Palacio de Velázquez, hecho por Ricardo Velázquez Bosco para la Exposición de Minería de 1883.*

Estado aportó 225.000 pesetas y era acabado en seis meses, fue el primero en España que acogió cerámica en sus muros, hechas por Germán Zuloaga, en 1884, con la colaboración de su hermano Daniel, en las del lado norte (30), costando esta decoración unas veinte mil pesetas. En el centro de los dos lados mayores se ven sendos pórticos (el meridional o principal, precedido por una escalinata entre esfinges), formados por arcos de medio punto y flanqueados por grandes machones, que sostienen la gran bóveda de cañón de zinc y cristal. A ambos lados de este cuerpo central hay una galería, también sostenidas por arcos de medio punto, en cuyos extremos aparecen dos cuerpos cuadrangulares a cada lado, con cubiertas esquifadas de zinc. El exterior del edificio aparece decorado en los machones con relieves sobre las Bellas Artes y la Minería y en las enjutas con tondos que contienen bustos de artistas españoles (Diego Velázquez y Juan de Herrera, entre otros), además de mascarones en las claves de los arcos, canecillos, ovas y flechas, etc., todo lo cual le da a la obra un marcado carácter ecléctico. El interior, iluminado cenitalmente, está hecho a base de cubiertas de hierro, sostenidas por soportes también de hierro fundido, en los que se ven capiteles de tipo jónico. Todos

los materiales utilizados en este diáfano edificio fueron productos de la industria española, como el ladrillo de Zaragoza o los azulejos de la Fábrica de la Moncloa. El 30 de mayo de 1883, Alfonso XII, en compañía del rey de Portugal, Luis I, inauguraba la Exposición, calificada como la más interesante celebrada hasta entonces en nuestro país (31). A ella concurrieron numerosos expositores, como las Minas de Río Tinto, la Fábrica de Cerámica de la Moncloa, el Gobierno de Suecia, el Ministerio de Obras Públicas de Francia, la Academia de Minas de Clantal de Prusia, entre otros.

Para acoger la Exposición de Filipinas de 1887 también fue preciso construir otro gran pabellón central, que en este caso era un magno invernadero, para cuya construcción se presentaron varios proyectos, como el del ingeniero Ramón Bañolas y Pernau, de clara influencia francesa (32). El proyecto elegido fue el realizado por Ricardo Velázquez Bosco, consistente en un bellísimo Palacio de Cristal, en la línea imperante en el siglo XIX, desde que Paxton hiciera el suyo en el Hyde Park londinense. Sólo cinco meses tardó el artífice Bernardo Asins en construir el edificio, considerado como "la mejor pieza de hierro y cristal con que cuenta nuestro país", cuya "planta tiene semejanza con la de la cabecera de una iglesia gótica, formada por un ábside poligonal y dos brazos, a modo de crucero, con sus respectivos ábsides, faltando tan solo el cuerpo largo de las naves. Para que aún sea más parecido este similitud, cuenta también con un deambulatorio a modo de girola" (33), trasdosándose claramente al exterior las tres alturas de la cabecera y transepto, deambulatorio y cimborrio. La estructura del edificio (de 54 metros de largo, 28 de ancho, 22,60 de altura del cimborrio y 14,61 de las naves) hecha a base de arcos de medio punto de hierro, fundidos en la Compañía Alonso Millán de Bilbao, con capiteles prismáticos decorados con palmetas y grecas, viéndose en su exterior las únicas notas de color en los azulejos, de 19 por 19, hechos por Germán y Daniel Zuloaga (34). Unica-

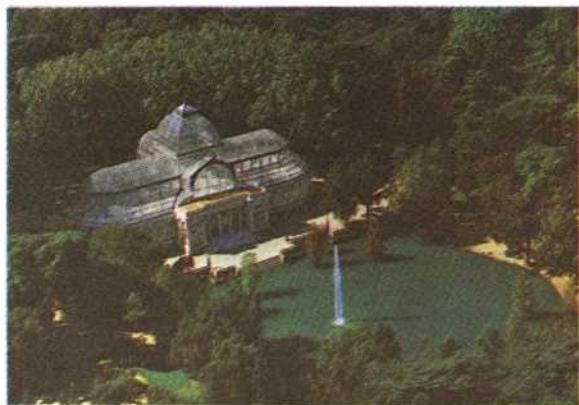


Figura 9. *El Palacio de Cristal en la actualidad. Obra de Ricardo Velázquez Bosco, para la Exposición de Filipinas de 1887.*



Figura 10. *Detalle del Palacio de Cristal.*

(30) M.^a JESÚS QUESADA MARTÍN (1984): *Daniel Zuloaga*, 1.^a edic., Universidad Complutense de Madrid, Madrid, págs. 187 y 193.

(31) (8 junio 1883): "Exposición de Minería. Pabellón Central", en *La Ilustración Española y Americana*, núm. XXI, Imp. Rivadeneyra, págs. 346-347, Madrid.

(32) PEDRO NAVASCUES PALACIO (1973): *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, 1.^a edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, pág. 198.

(33) Ibidem, págs. 196-197.

(34) M.^a JESÚS QUESADA MARTÍN, ob. cit., p. 198.



Figura 11. *El estanque del Palacio de Cristal, en el invierno de 1914.*

mente no son de hierro el pórtico tetrástilo, jónico central y los dos cuerpos que lo flanquean. Todo el edificio se cierra con amplios cristales, ya que era un gran invernadero, adornado con un estanque central de diez metros y surtidores, que contenía un buen número de plantas y flores, traídas de Aranjuez, la casa de Campo y otros lugares (Figs. 9 y 10).

Esta magnífica estufa se levantó junto a un estanque, rodeado de una frondosa vegetación, con lo que hay una clara fusión entre la arquitectura y la naturaleza, como sucede en el Palm House de Boston y Turner en Kent (35). El estanque se completaba con puentes de madera y rocalla, que servía de base a un gracioso templete árabe, obra también de Ricardo Velázquez Bosco, siendo el único elemento que no se conserva en la actualidad, pues fue desmontado hace algunos años (36) (Fig. 11).

Completaban la exposición otros pabellones, además de numerosas chozas, que componían unas aldeas de igorros, jaloanos, carolinos, etc., así como cabañas de cañas y troncos, utilizándose también el pabellón de Velázquez. El 30 de junio de 1887, la reina regente inauguraba esta exótica muestra, que fue clausurada en octubre de este mismo año (37).

Aunque no llegaran a realizarse, es interesante reseñar algunas exposiciones que pensaron hacer en el Parque del Retiro, pero que no fueron autorizadas.

Algunas de estas exposiciones no realizadas eran de ámbito nacional o iberoamericano, como fue la solicitada, en 1859, para productos agrícolas, fabriles, artefactos y objetos de arte. Sin embargo,

hasta julio de 1862 no aparecía convocado en la Gaceta de Madrid el concurso para presentar los proyectos del pabellón central, de los que fue elegido por unanimidad, de entre los once presentados, el del inglés Pek, descrito por Pedro Navascués como "un edificio de planta rectangular, con cuatro torres en los ángulos, estando su interior dividido por dos crujías en forma de cruz, dejando entre ellos cuatro patios; hasta aquí el edificio no ofrecía novedad alguna, estribando ésta en los cuatro remates de las torres; a base de hierro y cristal, como si se tratara de pequeñas cupulillas, que flanqueaban la monumental cúpula de cuatro paños, que se eleva sobre el crucero de las citadas crujías. Como las anteriores, se componía de una estructura de hierro, cerrado con cristal. Sin embargo, a pesar de ser su autor un inglés, que conocería la obra de Paxton y otras armaduras similares, en nada se parecía a ésta, pues conserva la volumetría tradicional. El edificio peca de monumentalismo, siendo tan sólo notables los jardines dispuestos en terrazas, con graciosas fuentes, que se colocarían ante la fachada principal" (38), teniendo además una capacidad para seis mil expositores. Ni este magno proyecto ni la Exposición se hicieron realidad.

Tampoco se llevó a cabo la de carácter Agrícola e Industrial que se pretendía hacer, en 1892, en los terrenos de la Minería y Filipinas, aprovechando sus bellos pabellones, haciendo además otro para restaurante y café sobre el estanque del Palacio de Cristal (Fig. 12).

Sin embargo, la mayor parte de las exposiciones proyectadas y no realizadas en el Parque fueron de ámbito universal, como fue el caso de la propues-

(35) PEDRO NAVASCUES PALACIO, *ob. cit.*, pág. 198.
(36) *Ibidem.*, p. 287.

(37) (25 septiembre 1887): "Exposición de Filipinas", en *La Ilustración*, núm. 360, pág. 638.

(38) PEDRO NAVASCUES PALACIO, *ob. cit.*, pág. 195.



Figura 12. El Pabellón Real de la Exposición de Filipinas de 1887 (desaparecido).

ta, en 1883, por Julián Romero, José Perojo y el arquitecto E. Colinet, que pretendían llevar a cabo una Exposición Universal Internacional, aduciendo los beneficios que había reportado a Amsterdam una semejante celebrada hacia cinco años y volviendo a insistir en que Madrid seguía siendo de las pocas grandes capitales que todavía no había celebrado ninguna exposición de este tipo. En un principio, se pidieron veinte hectáreas de la zona donde se habían celebrado las exhibiciones de ganados, pero, al no concederse, se solicitaba la zona de la Exposición de Minería, que sería mejorada con nuevos jardines y embelleciendo los existentes con esculturas, pabellones y otros elementos característicos.

Tampoco se permitió celebrar una gran Exposición para conmemorar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, para la que Carlos Ribas y Antonio de Caula pedían el Parterre y sus alrededores, en los que se instalarían numerosos espectáculos públicos, al igual que se había hecho en la calle del Cairo, de la última Muestra Universal celebrada en París.

Por último, nos referiremos a la Exposición Universal y Colonial que fue solicitada en enero de 1894 por el francés Charles le Beuf y el ingeniero bilbaíno Ernesto Traverse, para la que pedían cinco mil metros cuadrados de la zona comprendida entre el Paseo de Coches, la calle de Alcalá, la de Alfonso XII y el límite meridional del Retiro, en la cual se pretendía abrir dos grandes avenidas de veinte metros de anchura, a la vez que se construirían restaurantes, cafés, y otros establecimientos,

completándose la obra con diversas plantaciones. Aunque se justificaba el beneficio que su celebración aportaría a Madrid, como les había sucedido a París o a Barcelona. Al no concederse el permiso, los solicitantes pidieron los terrenos en los que se iba a ejecutar el nuevo Parque del Oeste.

También fue el Parque del Retiro un lugar propicio para la celebración de numerosos ESPECTACULOS, fundamentalmente al aire libre, a los que los madrileños asistían en gran número.

Además de los espectáculos ya mencionados que tenían como centros el Estanque Grande, en el que se realizaban regatas, paseos en barcas, conciertos de música, fuegos artificiales, así como "guignol", y otros más.

Otros de los puntos más concurridos fueron el lago y la ría de patinar. El primero situado cerca de la antigua Fábrica de Porcelana, como lo confirma Fernández de los Ríos "La Fábrica de la China estaba situada entre el actual lago de patinadores y la plazoleta en que hay una fuente a que conduce la prolongación del paseo del estanque grande" (39), o el diseño de jardín paisajista que hizo Eugenio de Garagarza, en 1876, para el Campo Grande. El lago calificado por Fernández de los Ríos de una "traducción raquíctica de los lagos de patinadores que hay en el extranjero, a corta distancia del estanque grande" (40). Su rápida construcción debió iniciarse nada más convertirse el Buen Retiro en posesión municipal, estando ya concluido en 1870, siendo primer comisario del Parque José Luis Alvareda, que "dispuso la construcción de un lago de medio pie de profundidad, en él que, sin peligro, puedan entregarse a sus rápidos ejercicios. Durante esta última semana han ido gente elegante, aristócratas, etc. con sus patines" (41), que debían pagar una peseta por utilizar sus instalaciones, compuestas por dicho estanque circular de ocho mil metros cúbicos y una modesta construcción de madera a su orilla. La afluencia de patinadores era tal que, para una mayor seguridad, se pensó rodear, en 1874, los cien metros del Paseo de Coches lindante con el lago con una barra de hierro forjado, hecho en la Fundición Bonapleita (Fig. 13).



Figura 13. El lago de patinadores.

(39) ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS (1876): *Guia de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, pág. 362.

(40) Ibidem, pág. 367.

(41) (10 febrero 1870): "El Parque de Madrid. Los patinadores", en *La Ilustración Española y Americana*, núm. 4, Imp. Rivadeneyra, pág. 58. Madrid.

Parece ser que por estar en una zona elevada y bastante soleada, los hielos del lago duraban poco tiempo, por lo que se hizo, hacia 1876, en los terrenos de la Exposición de Minería una ría de patinar (42).

La existencia del lago y la ría la confirma Eugenio de Garagarza, en el proyecto anteriormente citado para el Campo Grande, en cuya memoria decía: "situado el actual estanque de patinar en un punto más alto y soleado del Parque, pocas veces se cubre el hielo suficientemente consistente. La ría en todo el espacio que rodea la isla, se encuentra en un desmonte sombrío que reunirá al efecto las condiciones más recomendables, sustituyendo ventajosamente al estanque que existe en el día y que seguramente deja de llenar el objeto para el que se construyó" (43).

Estos espectáculos se completaban con representaciones teatrales y musicales, no faltando tampoco un Skating-Club, que permanecía abierto hasta el anochecer hasta la época estival.

Si bien fueron numerosos los espectáculos que se daban en el Retiro, otros muchos quedaron en simples proyectos, como fue la propuesta hecha, en 1877, por Ricardo G. Torres para establecer en la gran estufa del marqués de Salamanca un salón de conciertos. Tampoco se permitió a Pierre Pissarref exhibir caballos circasianos, ni instalar una galería fotográfica, ni construir un frontón flotante frente al Paseo de las Estatuas, ni establecer un Cosmorama en la Casa del Pobre, ni un Carrousell junto a la Vaquería, ni otros tantos espectáculos.

Todas estas diversiones contribuían a dar un mayor atractivo al lugar, de por sí ya preferido por los madrileños a otros jardines de la capital, siendo para algunos sectores de la opinión pública el único paseo presentable de Madrid, sobre todo en el verano, durante el cual se convertía en un gran pulmón verde y refrescante para los que no salían de la ciudad, siendo una de las zonas más sanas de la urbe.

Además de las construcciones y de las plantaciones emprendidas en el Parque por el Ayuntamiento, éste lo dotó de iluminación en determinadas zonas y de ponerle bellas verjas en los límites norte y occidental.

Debido a las constantes lamentaciones de los madrileños, refrendadas por el comisario de Jardines y Plantíos, Eugenio de Garagarza, en el sentido de que no se podía disfrutar del Parque por la noche, ya que carecía de ILUMINACION y teniendo ejemplo lo realizado en otros grandes jardines europeos, como el Jardín de San Petersburgo y el del Ermitaño de Moscú, o el Park-Ring de Viena, los de la Alhambra, etc., en 1881, el Municipio comenzó la instalación de la iluminación por gas, por medio de trescientos cuatro candelabros de fundición, que fueron colocados a una distancia de cincuenta metros por los lugares más concurridos, como el Parterre, el Paseo de Coches, el Paseo de las Estatuas, la zona de la Casa de Vacas, etc.

Sin embargo, pocos años después, empezó a verse las ventajas de la luz eléctrica, ordenándose ya, en 1886, que se iluminasen determinadas zonas por este medio, cosa que no se hizo realidad hasta principios de nuestro siglo, tras el acuerdo tomado el 22 de marzo de 1902, en el que se disponía los lugares que debían iluminarse, entre los cuales se encontraban el Paseo de Coches o de Fernán Núñez, la Plaza del Angel Caído, la de Alfonso XII, los alrededores del Estanque Grande, los paseos de Nicaragua, México, Colombia, Venezuela, Chile, Guatemala, Bolivia, El Salvador, etc. (44).

Pero una de las obras de mayor envergadura llevadas a cabo en el Parque por el Ayuntamiento fue la de limitar con elegantes verjas de hierro sus CERRAMIENTOS norte y occidental, o sea, los de la Carretera de Aragón (hoy, calle de Alcalá) y la de la recién abierta calle de Granada (hoy, Alfonso XII), respectivamente.

En efecto, nada más hacerse cargo el Municipio del antiguo Real Sitio, emprendió la tarea de replazar las viejas y feas tapias por el lado norte, así como cerrar el límite occidental, que había quedado abierto tras la venta efectuada por Isabel II al Estado, y éste, a su vez, a los particulares que levantaron el barrio del Retiro, naciendo así la calle de Granada (hoy, Alfonso XII).

Ya en 1870, se aconsejaba que debía hacerse una VERJA "de elegancia y solidez que contribuya al ornato de tan magnífica posesión y a su mejor custodia y orden durante la noche" (45).

Por ello, de una manera lenta, ya que los fondos municipales eran escasos (no pudiendo destinar el Ayuntamiento para estos trabajos sino escasas cantidades anuales, como veinte mil pesetas en el presupuesto de 1880-81, o veinticinco mil en el de 1890-91), pero continuada, se empezó a poner la mencionada verja, diseñada por el arquitecto municipal de la Cuarta Sección, Agustín Felipe Peró, consistente en un basamento de piedra berroqueña apilastrada de granito azulado y de fábrica de ladrillo fino de Valladolid prensado, con albardilla de piedra berroqueña moldeada, para sostener una verja de hierro forjado, pintada al óleo (46), que podemos ver cerrando el Parque por las calles de Alfonso XII y Alcalá, pudiéndose apreciar una clara diferencia entre éstas y las verjas hechas en el siglo XX, por el límite oriental (calle de Menéndez y Pelayo), que son de inferior calidad que las que tratamos.

Los trabajos para la instalación de la nueva verja comenzaron por la recién abierta calle de Granada, para cuyo trazado hubo de derribarse la antigua leonera y buena parte del antiguo palacio, del que solamente se salvó el Casón y la crujía norte del Patio de Fiestas, hasta ahora Museo del Ejército y recientemente adquirido por el Museo del Prado. En 1870, ya trabaja en la obra el contratista Antonio Marsá, que realizó el tramo desde la puerta de la Independencia a la de España, que da entrada al Paseo de las Estatuas, acabándose,

(42) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-442-9.

(43) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-163-68.

(44) *Alumbrado eléctrico del Parque*. Proyecto para su instalación provisional, aprobado por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid el 22 de marzo de 1902, Madrid, págs. 4-5.

(45) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-163-68.

(46) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 497-6-14.

en 1893, el trozo comprendido desde aquí a la puerta del Angel Caído, por el contratista José Torralba.

En esta calle se abrieron, además de dos de servicio, varias PUERTAS monumentales, como la llamada del Angel, que da entrada al Parterre y estudiada ya en la etapa en que la zona era propiedad de la Corona, siendo trasladada a este lugar en 1880, ya que se hallaba emplazada entre el monasterio de los Jerónimos y el Museo del Prado. La otra puerta monumental que se realizó en esta calle fue la de España, que da entrada al Paseo de las Estatuas, y que se hizo para sustituir a la modesta y peligrosa escalera de madera que allí se había instalado según palabras del mismo Agustín Felipe Peró, que diseñó otra de granito azulado de las canteras de Alpedrete, Villalba y Becerril, a base de escalones con tramos rectos y curvos, ascendiendo su coste a más de diecisésis mil pesetas (47). Para completar esta entrada, en 1891, el arquitecto Municipal, José Urioste y Velada, daba las condiciones para la construcción de la puerta, que debía tener carácter artístico y en la que tendrían que utilizarse materiales de primera calidad, como ladrillo de Valladolid o de Sigüenza, piedra de Colmenar, e hierro forjado para las cinco entradas de la misma (48), cuya ejecución fue llevada a cabo por el contratista José Pereanton y Forns, acabándola en 1893, tras haberse gastado más de ciento seis mil pesetas, pudiendo verse ya una puerta, compuesta por cuatro grandes pedestales de piedra, en los que se ven columnas pareadas jónicas, rematados por leones y glifos y unidos por puertas de hierro.

En 1877, comenzaba la obra encaminada a sustituir la antigua y fea tapia que cerraba el Retiro por la Carretera de Aragón (hoy calle de Alcalá) por el mismo tipo de verja que se estaba poniendo en la calle de Granada. Los contratistas encargados de levantar en la calle de Alcalá la verja diseñada por Agustín Felipe Peró fueron Mariano González y Julián Torralba. Tampoco faltaron en este lado norte puertas, ambas diseñadas por José Urioste y Velada. Una de servicio, la llamada de Hernani, que fue hecha, en 1888, totalmente en hierro (49), aunque en la actualidad la veamos, coincidiendo con el eje de la calle de Lagasca, muy cambiada, tras la reforma que hizo, en 1943, Cecilio Rodríguez, según veremos más adelante. La otra puerta, ésta de carácter monumental, fue la del Paseo de Coches, acabada en 1900 y compuesta, en su parte central, por un basamento cuadrado que sostiene una ecléctica columna, flanqueada por dos puertas de hierro, que acaban en dos grandes pilares cuadrados, decorados con cabezas de leones y guirnaldas y rematados por florones. Aunque no llegara a realizarse, en 1889, el marqués de Zafra, pedía que se hiciese otro acceso frente a la calle de Velázquez, con el cual se embellecerían aún más los alrededores de la estatua de Espartero.

(47) M.^a CARMEN ARIZA MUÑOZ (1979): "Los Jardines del Buen Retiro en el siglo XIX", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. XVI, pág. 366, C.S.I.C., Madrid.

(48) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 10-144-1.

Por último, y sirviendo de gozne de unión de las mencionadas calles de Alfonso XII y Alcalá, en la Plaza de la Independencia, se ejecutó otra gran entrada monumental, también diseñada por José Urioste y Velada, aprovechando los pilares de la puerta principal del desaparecido Casino de la Reina, de la Glorieta de Embajadores, que fueron trasladados a este lugar en 1885. Los antiguos pilares de granito (formados por columnas dóricas sosteniendo su entablamiento, decorado por triglifos y metopas y rematados por grupos escultóricos realizados por Salvatierra) se emplazaron en la parte central, añadiéndose uno semejante, aunque más pequeño, a cada lado, quedando unidos los cuatro pilares de piedra por diversas puertas de hierro. La obra era terminada en septiembre de 1886 por el contratista Evaristo Vidal.

A pesar de que, con todas las obras de mejora y mantenimiento, el Parque de Madrid resultaba gravoso para la economía municipal, intentando paliarse este déficit con la venta de yerbas, ramas de los árboles y de hielo de sus estanques, así como de lo recaudado para conceder licencias para circular por el Paseo de Coches, o por entrar en la Casa de Fieras, etc., el Ayuntamiento conservó este gran Parque para que fuera disfrutado por los madrileños, que encontraban, y seguimos encontrando, en él la agradable temperatura y saneando ambiente que proporciona esta gran masa verde, a modo de pulmón, incrustada en el interior del casco urbano de la Villa, además de diversos espectáculos y diversiones.

Estos espectáculos y diversiones pudieron ser aún más numerosos si se hubiesen concedido diversas peticiones, que aunque se quedaron en la mera teoría, algunos de ellos merecen ser expuestos.

De entre estos PROYECTOS NO REALIZADOS destacaremos:

La pretendida construcción de un Palacio Municipal, cuya fachada principal daría a la Plaza de la Independencia. Para ello, se convocaba un concurso entre los arquitectos municipales, con un premio de diez mil pesetas para el ganador. A pesar de no realizarse, la idea no se olvidó, ya que, años después, siguieron surgiendo nuevas propuestas para ejecutarlo.

Otro de los proyectos no realizados, fue el traslado del edificio denominado Gran Panorama Nacional, que estaba ubicado en el Paseo de la Castellana desde que fuera construido, en 1880, a base de hierro y cristal, por Severiano Sainz de la Lasstra (50). Tres años más tarde, el dueño de este edificio de diecisésis lados, Enrique Lamartinière, solicitaba que le fueran cedidos unos terrenos del Parque, inmediatos a la Plaza de la Independencia para poder trasladarlo a ellos, en donde lo explotaría durante veinticinco años, dando por esto al Ayuntamiento veinte mil pesetas. Una de las causas dadas al negar la instalación del edificio, que quería utilizarse como teatro y museo, fue que se-

(49) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 8-24-4.

(50) (15 febrero 1881): "Panorama Nacional de la Castellana", en *La Ilustración Española y Americana*, núm. VI, pág. 91. Imp. Rivadeneyra, Madrid.

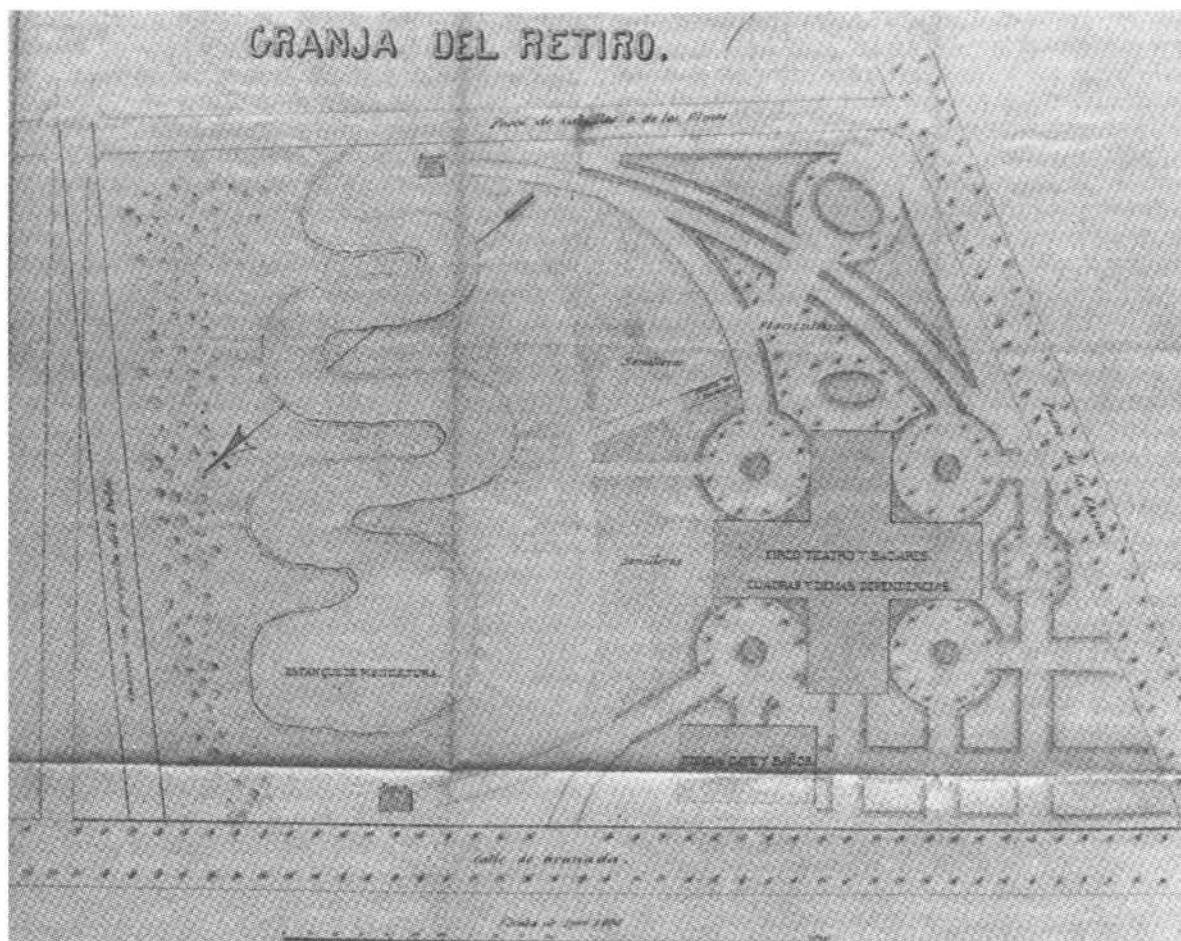


Figura 14. *Proyecto de Granja (no realizado) para el Parque de Madrid (1877). (Archivo de Villa.)*

ría necesario hacer un gran tala de árboles (51).

En enero de 1877, el comerciante e industrial Luis F. Pretel pedía un terreno erial del Parque, comprendido entre la nueva calle de Granada, el Paseo de la China, el Paseo de Coches y la llamada subida de San Pablo, para establecer una Granja de Recreo, semejante a las que había visto en las grandes capitales europeas, París, Londres, Berlín, etc., añadiendo que su coste sería de veinte millones doscientos ochenta mil reales y que pasaría al Ayuntamiento en un plazo de cuarenta años, comprometiéndose también a hacer dos mil metros de verja, como la que se estaba poniendo por la referida calle de Granada. A pesar de la buena acogida que tuvo la idea, tanto por parte del Comisario del Parque, como por la prensa, este establecimiento instructivo y recreativo no se realizó. La Granja, que tendría un perímetro de unos setecientos noventa y dos mil metros y que sería semejante a la de Líthenthal de Berlín, a la del Bois de Lacombe de Bruselas, a la del Garden House del Hyde Park de Londres, a la del Tívoli de Copenhague, a las parisinas del Butter Chaumont o Butter Montmartre, entre otras europeas, constaría, además de otras construcciones, de un edificio rectangular (para Fonda, Café, balneario ruso-turco con baños a vapor simples y medicinales, así como otras dependencias), al que se le adosarían más manza-

nas de casas científico-recreativas, resultando un conjunto en forma de cruz, con más plazoletas en los ángulos, que se utilizarían para circo ecuestre, teatro, bazares, bibliotecas, etc. Igualmente, se pensaban hacer fuentes, cascadas, un estanque de piscicultura, un semillero de floricultura, entre otras obras. No quedaba ahí el proyecto, sino que también se pensó en erigir, en los terrenos del antiguo cementerio, una capilla gótica o renacentista, dedicada a San Fernando, como homenaje a las víctimas de la Guerra de la Independencia (52) (Fig. 14).

Por tener un informe desfavorable del Comisario del Parque, ya que pensaba que con este proyecto se lesionaban los intereses de algunos arrendatarios, que ya prestaban algunos de estos servicios en el Parque, tampoco se permitió hacer un Parque Popular, propuesto, en 1877, por Luis Díaz Moreno, para que se recogieran en el Retiro una serie de diversiones y actividades que se daban en diversos lugares de la capital, tales como excursiones, bailes, meriendas campestres, etc. Los terrenos solicitados fueron la antigua huerta de los Jerónimos, en los cuales se haría una ría, una gran explanada para bailes, conciertos, teatro al aire libre, etc. También habría un circo gallinístico y de caballos, columpios, guignol, quioscos, cafetería, cervecería, vaquería, etc., así como un ferrocarril

(51) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-442-4.

(52) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 6-163-69.

que recorriese el Parque. La entrada se pensaba que podría costar dos reales para adultos y uno para los menores de nueve años, dándose de la recaudación el seis por ciento al Ayuntamiento, que sería el propietario de todo a los veinte años de empezar a explotarse la obra, cuyo coste hubiera sido de seiscientas mil pesetas (53).

Este mismo año de 1877, Mateo Nuevo proponía hacer un proyecto de moda en Europa, tal era un Skating Rink, consistente en una serie de instalaciones para patinar, hacer gimnasia, tiro y otras actividades deportivas, además de bibliotecas, teatro, restaurante, café, etc., cuya construcción costaría un millón de pesetas y se extendería por unos diez mil quinientos metros cuadrados. Además de que pasaría al Ayuntamiento cuando se hubiera explotado durante treinta años, se aducía que serviría para cambiar las costumbres ancestrales, perniciosas y bárbaras, por otras más sanas, tal y como se había comprobado en Inglaterra o Alemania (54).

Como dijimos anteriormente, y poniendo como excusa el que perjudicaría el arbolado, tampoco se permitió instalar, en 1888, en las inmediaciones del Estanque Grande una Montaña Rusa, como las que se podían ver en Londres, Liverpool, París, Barcelona u otras ciudades (55).

En estos mismos terrenos tampoco se había permitido, en 1869, la construcción de un estanque, de cien metros de largo, ochenta de ancho y dos de profundidad, para que tuviesen lugar en él diversos espectáculos náuticos, como regatas, cucañas, fuegos artificiales, etc., como los que se hacían en el extranjero (56). Una de las causas para que no se concediesen podría ser el que ya se daban en el Estanque Grande.

También se eligió el Parque para construir, en 1895, un Velódromo, diseñado por el arquitecto Pablo Aranda, en una superficie de unos veinticuatro mil metros cuadrados de la zona del antiguo cementerio, que sería vallada y pasaría al Ayuntamiento a los diez años (57).

También fue elegido el Parque para realizar en él diversas construcciones en hierro, material de moda en esta centuria, tal y como lo reflejan las palabras de Emilio Castelar en 1891, "el hierro ha entrado como principal material de construcción en cuanto hanlo pedido así los progresos industriales ... para cerrar el espacio de las estaciones de ferrocarril, para erigir esos inmensos bazares llamados Exposiciones Universales, no hay como el hierro, que ofrece mucha resistencia con poca materia y el cristal que os guarda de las inclemencias del aire y os envía en su diafanidad la necesidad de la luz" (58). Si bien se hizo realidad uno de los máximo ejemplos de arquitectura en hierro y cristal, como fue el Palacio de Cristal, hubo otros importantes proyectos, que no llegaron a realizarse, tales como un magnífico edificio, ideado por el in-

geniero Otto Peine; o el grandioso monumento a Colón, diseñado por el arquitecto bilbaíno Alberto de Palacio Elisague con motivo del cuarto Centenario del Descubrimiento de América, consistente en un "gigantesco globo terrestre que descansaría sobre potentes apoyos", situando en lo más alto de la enorme esfera la carabela del descubridor, "todo se construirá en hierro fundido, escogiéndose como solar los terrenos próximos al elegante palacio de cristal" (59). Igualmente, se propuso hacer en hierro fundido una torre circular, a modo de Belvedere, con una parte superior destinada a pajarera o a lugar para tomar refrescos, sobre un basamento de mampostería, que iría en el centro del Estanque Grande, según diseño del arquitecto Miguel Martínez Ginesta, hecho en 1880 (60) (Figs. 15 y 16).

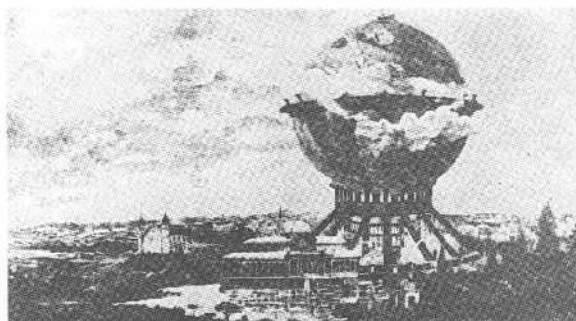


Figura 15. Proyecto para un monumento a Cristóbal Colón, hecho por Alberto de Palacio hacia 1891.

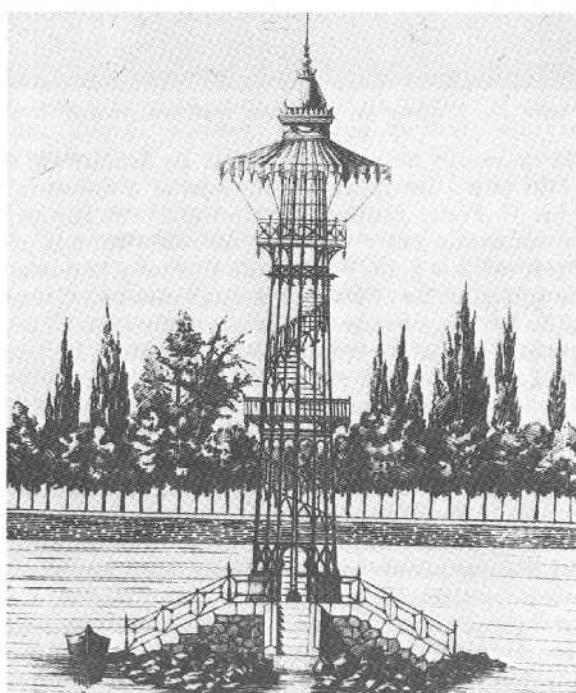


Figura 16. Proyecto de Belvedere en hierro para el Estanque Grande (1880-1881).

(53) Ibidem.
(54) Ibidem.

(55) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 7-498-22.

(56) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 5-99-59.

(57) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 10-251-45.

(58) EMILIO CASTELAR (1891): "Proyecto de monumento a Cristóbal Colón ideado por el arquitecto Alberto de Palacio", en *La Ilustración Española y Americana*, núms. XXXI,

XXXII, XXXIII, págs. 99-103. Impr. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

(59) PEDRO NAVASCUES PALACIO (1973): *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, pág. 192.

(60) M. MARTINEZ GINESTA (1880): "Embelllecimientos de Madrid. Proyecto de Belvedere en el estanque grande del Retiro", en *Madrid Moderno*, núm. XVI, págs. 121-123, Madrid.

Existió incluso un intento de ampliar la superficie del Parque, pensado por Fernández de los Ríos, que añadía al lado oriental del mismo una amplísima zona, que se hallaba descampada, por lo que no sería difícil adquirirla. En ella se formaría un dilatado jardín paisajista, dividido por dos largos paseos, que lo cortarían en forma de cruz, y en el que no faltarían abundantes ríos (61). La idea ya fue adelantada por Carlos M.^a de Castro en su anteproyecto de Ensanche de 1857, al querer ejecutar un gran "bloque de diseño anglo-chino, con un gran lago, un gran hipódromo y otros elementos" (Fig. 17).

En nuestro siglo, continuaron haciendo nuevas propuestas al Ayuntamiento para realizar diversos proyectos en el Parque, como diversos edificios, bibliotecas, polideportivos, etc.

EL SIGLO XX

El siglo XX no supuso para el Parque del Retiro cambios sustanciales, ya que seguía presentando un aspecto muy semejante al de la centuria anterior. No obstante, siguieron las obras de mejora y embelllecimiento (Fig. 18).

Así, continuaron las obras de derribo de las antiguas tapias, levantando por el lado oriental, o calle de Menéndez y Pelayo, una VERJA de hierro, colocada sobre un basamento de ladrillo, imitando las que se pusieron durante el último tercio del siglo XIX por las calles de Alfonso XII y Alcalá, aunque se realizaron con materiales de peor calidad, tal como podemos ver en la actualidad.

La puerta de hierro, que realizara José Urioste, en el límite norte, en el eje con la calle de Lagasca, fue modificada en 1943, según diseño hecho por el jardinerº mayor, Cecilio Rodríguez (62), que pretendía dar una mayor importancia y elegancia a la zona, poniendo una entrada con cuatro pilares cuadrangulares de granito, rematados por jarrones, unidos por diversas puertas de hierro. Como complemento a la elegante puerta, el mismo Cecilio Rodríguez, realizó el jardín que vemos inmediato a ella, consistente en unos setos recortados, adornados con una bella fuente de piedra caliza y otra en bronce con un pequeño "amorcillo" abrazado a un pez. Bordeando esta placita se colocaron algunas de las en piedra de reyes, que se hicieron en el siglo XVIII para rematar el Palacio Real, pero que, debido a su excesivo peso, fueron repartidas por diversos lugares de la capital.

Durante esta centuria, aunque se mantuvo la disposición general de los jardines, hubo algunas modificaciones en determinadas partes, como fue la de sustituir en algunas zonas del antiguo Reservado, o sea, en el cuadrado noroeste, jardines geométricos, hechos a base de setos recortados por otros a la inglesa, empleando las consabidas praderas, no aptas para un clima con épocas muy secas e impropias para una superficie tan llana, ya que el jardín paisajista gusta de terrenos ondulados, donde son más fáciles de conseguir las perspectivas angulares. No carecen estos jardines chinos de los elementos que les son propios como ríos, puentes rústicos, etc.

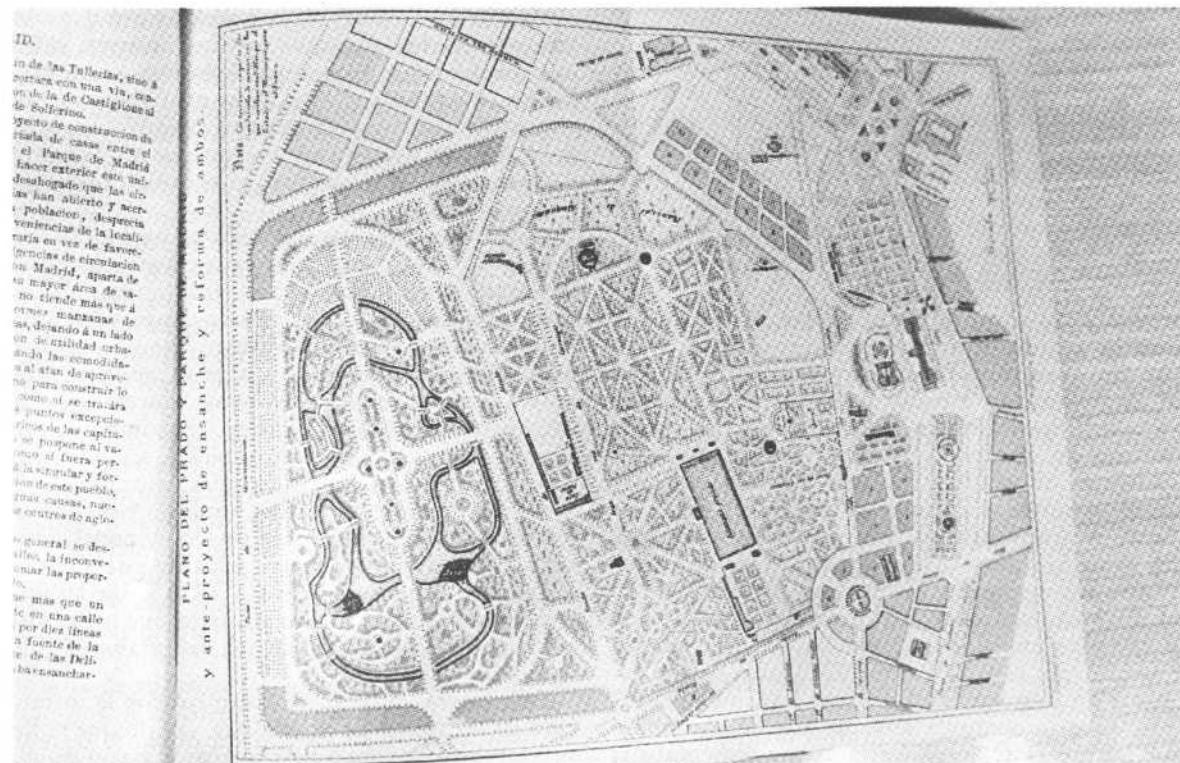


Figura 17. Anteproyecto de ensanche del Parque del Retiro y del Paseo del Prado, por A. Fernández de los Ríos (1876).

(61) ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS (1876): *Guia de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, págs. 302-304.

(62) RAFAEL SANCHEZ PEREZ (11 agosto 1958): "Una avenida se abrirá en el Retiro", en *Hoja del Lunes*, núm. 1.012, Asociación de la Prensa, Madrid.

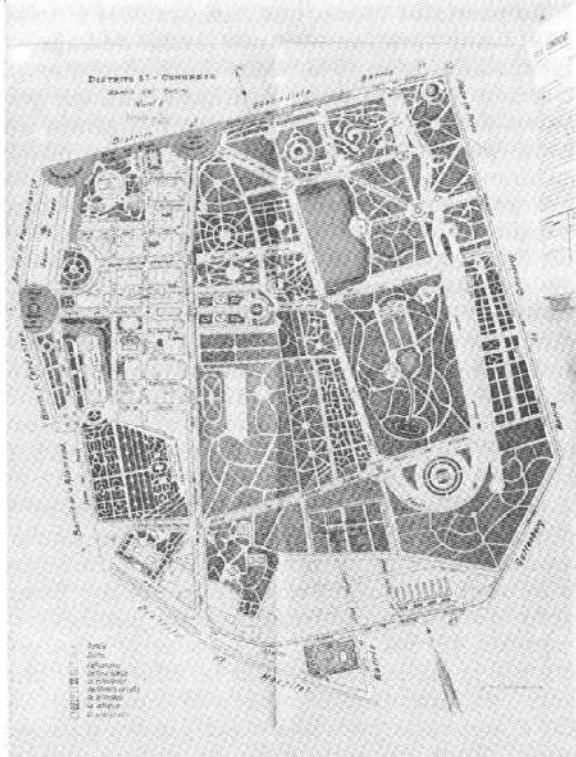


Figura 18. *El Parque del Retiro, en 1903.*

También se ajardinaron algunas zonas de la parte meridional del Retiro, que hasta nuestro siglo habían permanecido en estado erial, siendo incluso algunas de ellas insalubres.

De nuestra centuria son algunas importantes zonas ajardinadas, siendo la más destacable la Rosaleda, construida hacia 1915 por Cecilio Rodríguez, y calificada por algunos como "su obra bruja". El jardinero creó esta zona para que en ella se exhibieran numerosas variedades de rosas, que rodeaban la monumental estufa del marqués de Santillana, que hasta que se quitó hacia 1930, se utilizaba para exponer bellas plantas.

Ante el estado casi ruinoso que presentaba la Casa de Fieras, de la que incluso se dijo, en 1916, que era exagerado denominar Parque Zoológico "a un minúsculo espacio de terreno amurallado con unos tapiales ruinosos, con unas verjas mohosas, tras las cuales se agrupan, aquí y allí, unos tenderetes de madera podrida, unos palitroques torcidos, pintados y sombríos, donde, en unos, viven, por graciosa donación, gentes extrañas a la dependencia y servicio del Parque, y de otros, los menos, los empleados del mismo; y para el final, en unas cuantas celdillas de colmena se exhiben incrustadas una docena y media de infelizmente animales. ¿Es esto un Parque Zoológico de una capital o un barracón de titiriteros transhumanos?"⁽⁶³⁾ (63). Ante la continua lamentación de la opinión pública por el deplorable estado que presentaba el zoo y de la falta de ayuda oficial, el Ayuntamiento

acordó, en 1918, la reforma de esta Casa de Fieras, que encomendó al jardinería mayor de Parques y Jardines, Cecilio Rodríguez, quien realizó una importante mejora, convirtiendo las antiguas estancias de los animales en limpias y alegres moradas, entre las que plantó bellos jardines, en los que se veían plazoletas decoradas con cerámicas vidriadas, así como estanques, fuentes, etc., proyectando incluso hacer un acuario y una estufa de aclimatación (64). La reconstrucción, cuyo coste ascendió a unas ciento treinta y cinco mil pesetas, fue favorablemente acogida, considerándose que Madrid ya contaba con una Casa de Fieras al igual que otras capitales europeas.

Tras la desaparición del zoológico, a comienzos de la década de 1970, y trasladarse a su nuevo emplazamiento de la Casa de Campo, inaugurándose el 23 de junio de 1972, la zona ocupada por la antigua Casa de Fieras fue ajardinada, denominándose Jardines del arquitecto Herrero de Palafox.

Junto a esta zona, hacia 1958, se ajardinó otra, denominada Jardines de Cecilio Rodríguez, como homenaje a los setenta y cinco años de servicio que este jardinero trabajó para el Ayuntamiento. En uno de sus extremos se hizo un pabellón de cristal, sin ningún mérito artístico. Es el jardín más arquitectónico del Parque, formado a base de setos recortados flanqueando alargados estanques, o bellas plazoletas con fuentes, así como diversos pórticos como plantas trepadoras y fuentes, como la de las Gaviotas, donada por la Embajada de Noruega.

Uno de los jardines más personales con que contó el Retiro desde el siglo XVIII, el Parterre, sufrió una profunda reforma, cambiándose sustancialmente su primitivo trazado, si bien sigue manteniendo su carácter geométrico y rígido, conservándose en él los estanques y fuentes que se realizaron en el siglo pasado, así como el bellísimo taxodium o ciprés calvo.

Con todas estas plantaciones se ha logrado un frondoso recinto, en el que se encuentra una gran variedad de árboles y arbustos, como abetos, arces, castaños de Indias, ailantes, madroños, abedules, cedros, catalpas, cipreses, pinos, paraísos, hayas, fresnos, enebros, eucaliptos, acacias, magnolios, encinas, robles, sequoias, sauces, tejos, tilos, aligustres, palmeras, olmos, taxodium o cipreses calvos, prunos, avellanos, olivos, sóforas, chopos, almendros, adelfas, laureles, etc. (65).

Además de la importancia botánica y el carácter recreativo del Parque, no se olvidó su papel cultural, ya que, en los primeros años de este siglo, se instalaron pequeñas BIBLIOTECAS, de las que todavía conservamos algunas, para que los madrileños pudiesen leer a la vez que disfrutaban de una agradable atmósfera.

Esta faceta cultural, se completó con la instalación de las ruinas de una iglesia, con lo que el Retiro también pasaba a desempeñar el papel de museo al aire libre. Nos referimos a las RUINAS DE

(63) FERNANDEZ MOTA (1.º diciembre 1916): "¡Nada menos que la Casa de Fieras!", en *Nuevo Mundo*, núm. 1.195. Impr. Nuevo Mundo, Madrid.

(64) J. CARMONA VITORINO (7 diciembre 1921): "El

Parque Zoológico", en *Alrededor del Mundo*, núm. 1.168. Madrid.

(65) *Guía de los Jardines del Retiro*, Madrid, 1983. Ver itinerario botánico.

LA BASILICA DE SAN ISIDORO DE AVILA, que se hallaban al pie de sus famosas murallas, en la pendiente que baja de la puerta de Malaventura al río Adaja y que era famosa porque allí reposaron, en el año 1062, los restos del santo que le dio nombre, cuando eran trasladados de Sevilla a León. Estas ruinas fueron compradas por Rolando Nicolau, que las trajo a Madrid para cederlas al Estado, con el pensamiento de que fueran instaladas en el Museo Arqueológico Nacional. Sin embargo, a instancias del arquitecto Enrique María Repullés y Vargas, que había restaurado diversos monumentos de la ciudad castellana, como San Vicente o las propias murallas, las ruinas de San Isidoro, eran instaladas, en 1916, en el Parque, para que contribuyesen al ornato y a la cultura de las gentes que acudiesen allí, y para restablecer el prestigio de la arquitectura antigua y renovar el culto católico de rito isidoriano. Aunque los restos fueran calificados por algunos de estilo mozárabe, es del más puro estilo románico, como bien observó Gaya Nuño (66); ya que se ven sillares regularmente trabajados, pequeñas ventanas al modo de saeteras, arcos de medio punto doblados, capiteles historiados, así como estrechas franjas con el típico taqueado jaqués.

Siguiendo en esta línea de considerar al Parque como un gran museo al aire libre, junto con la misión de rendir homenaje a numerosas personalidades de las Letras, la Ciencia, las Armas, la Política y otros campos de la actividad humana, en nuestro siglo tuvo lugar la colocación de numerosas ESCULTURAS de personas ilustres, cosa que ya se había hecho, aunque de manera esporádica en la centuria pasada, poniendo el busto del doctor Bustamante en el Parterre, entre otros.

Entre las esculturas instaladas en este lugar, destacaremos, además de algunas de tipo mitológico (como la de Hércules y el león situada en uno de los lados del Paseo de Coches), el busto del doctor Cortezo (obra del escultor Miguel Blay, inaugurada en 1924), o el dedicado al inventor de la taquigrafía moderna, Francisco de Paula, cerca del cual vemos una graciosa placita llamada de Sevilla, decorada con bancos, fuentes, etc. de azulejos, en los que se ven, en colores azul y blanco, el escudo de la ciudad, los nombres de hispalenses ilustres y la misma Virgen de los Reyes.

Otros monumentos reseñables son los dedicados a Rupert Chapí (obra de Julio Antonio sufragada por la Sociedad de Autores de España como homenaje al compositor de Zarzuelas, e inaugurada en 1921), a los hermanos Alvarez Quintero (formado por una pareja andaluza con un señorito a caballo y una gitana), al pintor Julio Romero de Torres, al premio Nobel de literatura Jacinto Benavente (en el Parterre, donde en el siglo XIX se veía la de su padre, el doctor Mariano Benavente, que hoy se encuentra adosada a uno de sus murados), o el grupo escultórico dedicado a Ponce de León (inaugurado en 1920), entre otros.

También son dignas de mención algunas obras

de Victorio Macho, como la de Benito Pérez Galdós (inaugurada en 1919) y la dedicada a Santiago Ramón y Cajal (a cuya inauguración, en abril de 1929, asistió el rey Alfonso XIII). El escultor representó, en piedra, al premio Nobel de Medicina al modo romano, recostado en una especie de triclinio, con una estatua de Minerva en bronce por detrás y sosteniendo una corona de laurel. En este monumento escultórico-fuente se ven dos inscripciones latinas "Fons vitae" y "Fons mortis", alusivos a la vida y a la muerte.

Mariano Benlliure hizo igualmente algunas obras, como la estatua ecuestre del general Martínez Campos (a la que acompañan relieves de batallas de sus campañas militares). Con la colaboración de Miguel Blay, Juan Cristóbal y Francisco Asorey, Benlliure hizo el monumento a Cuba (inaugurado en 1952 y que representa en piedra a la república por medio de una estatua, decorado el conjunto con proas de barcos, iguanas, tortugas, y frutas tropicales en bronce).

Pero de todos las obras escultóricas realizadas en el Retiro, la más importante fue el MONUMENTO A ALFONSO XII, levantado en el lado oriental del Estanque Grande, sobre el lugar que ocupaba el antiguo Embarcadero que Fernando VII mandara hacer a Isidro González Velázquez, por lo que hubo de ser derribado.

El mismo año de aprobarse su creación, por Real Decreto de 25 de febrero de 1901, la Junta Organizadora para ejecutar el monumento abría un concurso entre arquitectos y escultores españoles, que tenían hasta el 31 de mayo para presentar sus proyectos, siendo diecinueve los entregados dentro del plazo.

El 18 de mayo de 1902, el rey Alfonso XIII ponía la primera piedra del monumento, hecho según proyecto ganador de José Grases y Riera, en cuya memoria nos basamos para describir esta gran obra (67).

El motivo principal fue hacer un monumento a la Patria, personificada en el rey Alfonso XII, el Pacificador, que acabó con las guerras en la península y con las insurrecciones de Ultramar, en recuerdo de cuyas tierras se orientó hacia occidente. Con la realización de esta magna obra se pretendía también "el lucimiento del arte patrio contemporáneo", señalándose que sería una especie de museo nacional contemporáneo, mezcla de arquitectura, escultura y pintura, ya que en él intervendrían los artistas más renombrados del monumento.

Pero latiendo entre estos motivos, estaba el imitar lo que se había hecho en otras capitales extranjeras, como la estatua ecuestre de Guillermo I en Alemania (que tuvo una gran influencia en nuestro monumento), el de Pedro el Grande de San Petersburgo, el de Víctor Manuel en Roma, o el del general Grant en Estados Unidos, entre otros, ya que España era "una vergonzosa excepción" dentro del mundo civilizado, que no tenía un monumento de esta índole.

A su vez, el monumento a Alfonso XII influyó

(66) JUAN ANTONIO GAYA NUÑO (1944): *Madrid*, 1.^a edic., Ed. Aries, Barcelona, pág. 198.

(67) JOSE GRASES Y RIERA (1902): *Memoria del monumento que se erige en Madrid a la Patria Española, personificada en el Rey Alfonso XII*. Imp. Municipal, Madrid.

en otros de este tipo que se realizaron por estos años en Hispanoamérica, como uno erigido en Guayaquil (en 1907, obra de Agustín Querol, premiada en un concurso internacional); o el conmemorativo de la Revolución de Mayo, levantado en Buenos Aires en 1908, entre otros (Figs. 19 y 20).

El magno monumento erigido en el Retiro fue costeado por subvención nacional, financiando el Ejército la estatua ecuestre principal; los grandes de España y los títulos del Reino, el grupo de la Paz; el de la Patria fue pagado por las sociedades bancarias y el Banco de España; el de la Libertad, por el Ayuntamiento y la Diputación provincial de Madrid; el del Progreso, por la Marina, etc., pagando las provincias la gran columnata, dos columnas cada provincia, cuyo escudo se veía en el entablamento correspondiente.

Pasemos a continuación a estudiar la estructura de esta gran obra, de la que distinguiremos tres partes: el hemiciclo, la escalinata y la estatua ecuestre central.

El hemiciclo está formado por columnas pareadas de orden jónico, con basas y capiteles de piedra calcárea y fustes de granito, asentadas sobre un alto basamento, en cuyo friso se representan, en el eje de cada soporte, el escudo de cada una de las cuarenta y nueve provincias españolas, alter-

nando con las siglas de Alfonso XII, a las que acompañan angelillos, palmetas, guirnaldas, etc. Esta obra fue hecha por Federico Estany, al igual que la balaustrada que la remata. En los extremos de esta columnata se ven cuatro pilarotes, compuestos por pilastres jónicas y cubiertas a cuatro aguas ornamentadas con la corona real en piedra y rematadas por las figuras broncineas de la Fama, hoy desaparecidas. Este semicírculo columnado se adornó con esculturas en piedra, alusivas a las fuerzas vivas del país, como el grupo representativo del Ejército, hecho por José Montserrat, y el de la Marina, obra de Mateo, y otras en bronce sobre la Agricultura, realizada por Alcoverro, y el Comercio e Industria, por José Clará. El grupo de las Artes fue obra de José Bilbao y el de las Ciencias de Manuel Peijóo.

La escalinata, también semicircular, de trece peldaños que penetran en el agua, está dividida en cinco tiros, separados por grandes pedestales, que sostienen leones, hechos por Rafael Atcha, debajo de los cuales hay unas sirenas de bronce, así como animales marinos, ejecutados por Atcha, Coll, Alcira y Pereda.

En el centro del semicírculo destaca, como un hito vertical, la estatua ecuestre del Pacificador, obra en bronce de Mariano Benlliure, situada sobre un magnífico pedestal, compuesto por tres cuerpos, de planta de cruz griega los dos inferiores, que se ven decorados por relieves alusivos a la vida del monarca y sus insignias, así como por grupos escultóricos alegóricos de la Paz, la Patria, el Progreso y la Libertad, hechos por Blay, Carbonell y Coullaut Valera. El cuerpo superior está formado por un pedestal con columnas corintias, decorado por las figuras de las virtudes cardinales, necesarias para un buen gobierno. Entre este cuerpo y la estatua de Alfonso XII, se instaló un curioso mirador acristalado. Pero quizás, la gran novedad de este pedestal fue la cripta, revestida en su interior con mármoles y pinturas.

Todo el monumento, pero especialmente este elemento central, se realizó con ricos materiales, como granito, piedra de Colmenar, bronce, mármol rosa de Tortosa, etc., para cuya colocación el arquitecto catalán, Juan Torras Guardiola, diseñó un andamio metálico.

Como complemento a este gran monumento, el propio Grases y Riera proyectó, aunque no se realizara, un bonito embarcadero, que se ubicaría en el lado del Estanque Grande. La construcción se componía de un cuerpo central rectangular, de dos pisos (el inferior, porticado y con una escalinata, y un superior que se dedicaría a Museo y Centro Náutico). Este cuerpo central aparecía flanqueado por dos galerías porticadas, destinadas a embarcaderos y muelles. En el lado sur del Estanque pensó hacer un elegante café-restaurante, de dos pisos, con una escalinata central y dos torres en los laterales.

Fue tanto el afán de llenar el Parque de figuras conmemorativas de personajes ilustres que, en 1904, fue presentada una proposición por parte de varios ediles para hacer en el Retiro el que se llamaría Parque de los Hijos de Madrid, aduciendo que Madrid era de las pocas poblaciones del mun-

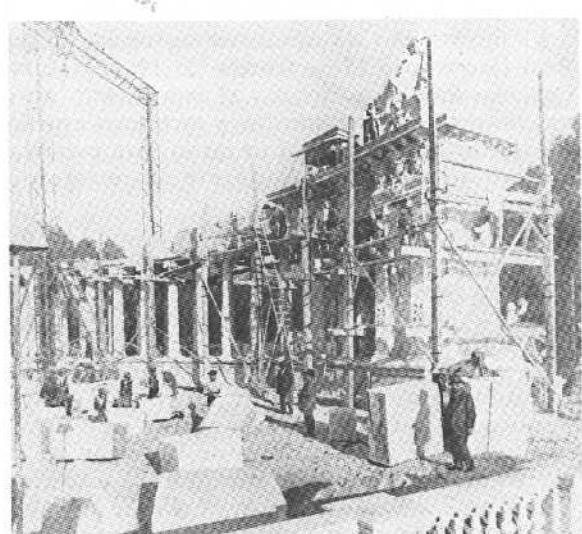


Figura 19. El Monumento a Alfonso XII, durante su construcción, a principios del siglo XX.

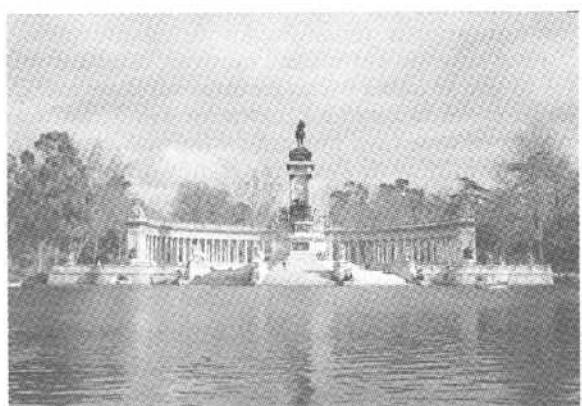


Figura 20. El Monumento a Alfonso XII, en la actualidad.

d que no rendía homenaje a sus glorias locales. Para remediar esta situación, los autores de la idea pensaron ubicar este "Parque escultórico" en la zona del Palacio de Cristal, en la cual se trazarían una serie de paseos, así como una plazoleta, en la que se veían macizos, donde se colocarían bustos o esculturas de cuerpo entero, en piedra o metal, de los hombres y mujeres célebres nacidos en la capital del Reino (68).

Dentro del carácter recreativo del Retiro, se intentó potenciar la **FACETA DEPORTIVA**, que ya se observaba desde el siglo XIX con la existencia del estanque y el lago de patinar, así como del velódromo.

Pero estas instalaciones deportivas no debían faltar, ya que hubo diversos intentos para hacer otras nuevas. Tal fue el caso de la propuesta, hecha en 1917, por parte de ciertos sectores de la prensa, encaminada a realizar en el Parque un hermoso stadium, que tendría una gran pista para carreras de bicicletas y motocicletas, una franja para carreras pedestres, skating para patines, explanadas para practicar el tenis y el polo, así como un campo de fútbol y otro de atletismo. Con ello se pretendía que fuese una zona de atracción en la que la práctica del deporte favoreciese una vida sana a la vez que serviría de una considerable fuente de ingresos, como sucedía en otras poblaciones de Europa (69). A pesar de las razones dadas, el proyecto no se realizó, aunque años más tarde se realizaron por la Chopera circuitos de triciclos, así como campos de fútbol y otros deportes.

Además de las diversas funciones que se daban, y que siguen teniendo lugar en nuestros días, en el Parque, como la cultural (con la celebración de numerosas exposiciones, para los que se siguen utilizando los bellos palacios de Velázquez y de Cristal), el Parque del Retiro es fundamentalmente una zona de expansión y recreo para los madrileños, que pueden encontrar aquí pequeños quioscos de refrescos, espectáculos de guignol, así como paseo en barcas por el estanque, o en bicicleta por los circuitos establecidos, etc.

Este carácter recreativo del Retiro se acentuó a principios de nuestro siglo al instalarse la denominada **ZONA DE RECREO DEL PARQUE DE MADRID**, para sustituir a los recién desaparecidos jardines de recreo del Buen Retiro, de los que conviene hacer una brevíssima alusión para comprender mejor la significación de la Zona de Recreo del Parque.

Los Jardines de Recreo, que fueron una de las novedades aparecidas en el siglo XIX, eran zonas ajardinadas y arboladas, más o menos amplias, donde durante la época estival, el público encontraba, previo pago de una entrada, no sólo una refrescante atmósfera, sino diversos espectáculos y diversiones, como representaciones teatrales, conciertos, exposiciones, etc., pudiendo también patinar, practicar el tiro, además de otros ejercicios. Además de otro de menor entidad, existieron en Madrid dos importantes Jardines de Recreo, como

fueron los Campos Elíseos (comenzados en la década de 1860, en la superficie comprendida entre las actuales calles de Velázquez, Hermosilla, Castelló y Alcalá, pero que desaparecieron pocos años después, cuando empezó la construcción del barrio de Salamanca). Los otros Jardines, que nacieron hacia 1880 para suplir la ausencia de los anteriores, fueron los denominados del Buen Retiro, ubicados en el único recinto verde que quedará en la franja occidental de este Real Sitio cuando se levantó en ella el nuevo barrio del mismo nombre. Estos Jardines se convirtieron en el centro preferido de los madrileños para pasar las tardes y noches del verano, hasta que desaparecieran, en 1904, para construir en su solar el Palacio de Comunicaciones que se alza en la plaza de Cibeles.

Aunque muchos de estos servicios propios de los Jardines de Recreto ya se daban en el Parque de forma aislada, al producirse la desaparición de los mencionados Jardines del Buen Retiro, de la plaza de Cibeles, se creó en el Parque una zona permanente de recreo, que empezó a funcionar en el verano de 1905, la primera temporada en que no lo hicieron los anteriores.

La zona acotada fue la comprendida entre el Paseo que parte de la puerta de Lagasca hasta la plaza de Nicaragua y desde ésta, por el paseo paralelo al lado septentrional del Estanque Grande. El límite oriental iba desde este punto a la fuente de la Salud, y desde aquí a la referida puerta de Lagasca o Hernani, en esta zona se incluía el propio Estanque. Esta superficie fue cercada, gastándose unas dos mil quinientas pesetas en materiales, y solamente se podía acceder a ella, tras pagar una peseta, por las puertas de la Plaza de la Independencia y de Hernani.

El primer año de su funcionamiento, en 1905, la zona fue arrendada a Julio Mas, que ofrecía conciertos por bandas militares, sesiones de cinematógrafo dadas en un feo barracón de la avenida de México, además de otras diversiones. También se comenzó a construir un pequeño escenario para representaciones teatrales al aire libre.

Sin embargo, estos servicios no le parecieron suficientes al Ayuntamiento, que pretendía que este lugar fuese un verdadero sustituto de los añorados Jardines del Buen Retiro, y que en él se ofreciesen los mismos espectáculos y diversiones que en los anteriores.

Por ello, en 1906, convocaba un concurso para explotar la zona acotada durante cinco años, prorrogables a dos más. El ganador del concurso quedaba obligado a prestar servicios y espectáculos durante las noches de verano, e incluso en invierno no pudiendo cobrar más de una peseta por la entrada, que debía ser de cincuenta céntimos un día a la semana. El concesionario tendría también que respetar el arbolado, pagar al Municipio un canon anual de diez mil pesetas y dar quince funciones benéficas. Igualmente, debería construir un quiosco para música (capaz para cien profesores de orquesta) y un pabellón para restaurante, cuyos pre-

(68) J. RINCON LAZCANO (1909): *Historia de los monumentos de la Villa de Madrid*, 1.^a edic.; Imp. Municipal, Madrid, pág. 703.

(69) MAXIMILIANO CLAVO (2 febrero 1917): "Obra necesaria. Por la cultura física", en *Nuevo Mundo*, núm. 1.204, Imp. Nuevo Mundo, Madrid.

cios no podían exceder de los de primer orden de la capital (70).

De entre las solicitudes presentadas, fue elegida la de Augusto Comas, que acompañó su petición con unos planos de reforma, firmados por Carlos Le Grand. También se adjudicó la explotación del restaurante que fue instalado en la Casa de Vacas, que hubo de ser reformada en diversas ocasiones, llegando a tener un aspecto laberíntico cuando en ella estaba instalada una sala de fiestas, hasta que se incendió en 1983.

Otro de los puntos de mayor atracción fue el teatro, hecho en 1905 por el arquitecto Pedro Matheu y Rodríguez, consistente en una zona de espectadores al aire libre (en la que se veían algunos jardines y a la que se entraba por tres accesos con escalinatas) y un escenario (con embocadura de madera, hecha con tabla calada y adornada con escayola pintada en blanco con toques dorados). El escenario estaba colocado sobre dobles pies derechos de madera, con una base de fábrica y cubierta impermeable. Los vestuarios y camerinos se

hallaban detrás del escenario (71). Este teatro fue derribado pocos años después por amenazar ruina, habiéndose ya en 1915 de construir uno nuevo.

Igualmente realizó un quiosco de música, rodeado de una pista de patinar y antecedente del que podemos ver en nuestros días.

Esta zona de Recreo del Parque se convirtió también en un importante centro de diversión vespertino, en el que también se celebraron diversas exposiciones, aunque nunca llegaron a igualar la fama alcanzada por los Jardines del Buen Retiro.

Como hemos visto, desde que nació, en el siglo XVII, el Retiro ha sido un fiel testigo de la historia de nuestra ciudad, tanto cuando pertenecía a la Corona, como cuando pasó a ser propiedad del Municipio, convirtiéndose en una de las zonas más frecuentadas por los madrileños, que seguimos encontrando numerosas diversiones y actividades culturales, así como una muy agradable atmósfera en este gran pulmón verde incrustado dentro del casco urbano de la capital.

BIBLIOGRAFIA

ARIZA MUÑOZ, M.^a DEL CARMEN (1979): "Los Jardines del Buen Retiro en el siglo XIX", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. XVI, págs. 327-378, C.S.I.C., Madrid.

BORDIU, J. (1957): *Cosas de Madrid. Apuntes para la historia del Buen Retiro*, 1.^a edic., Vicente Rico impr., s.l.

CARMONA VITORINO, J. (1921): "El parque Zoológico", en *Alrededor del Mundo*, núm. 1.168, Madrid.

CASTELAR, E. (1891): "Proyecto de monumento a Cristóbal Colón ideado por el arquitecto Alberto de Palacio", en *La Ilustración Española y Americana*, núms. XXXI, XXXII, XXXIII, págs. 99-135, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

CLAVO, M. (1917): "Obra necesaria. Por la cultura física", en *Nuevo Mundo*, núm. 1.204, Imp. Nuevo Mundo, Madrid.

ESCRIVA DE ROMANI, M. (1941): *Estado actual de la cultura pública en Madrid*, 1.^a edic., Ayuntamiento de Madrid, Madrid.

FERNANDEZ DE LOS RIOS, A. (1876): *Guía de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid.

GARCIA CORTES, M. (1950): *Madrid y su fisonomía urbana*, 1.^a edic., Artes Gráficas Municipales, Madrid.

GAYA NUÑO, J. A. (1944): *Madrid*, 1.^a edic., Ed. Aries, Barcelona.

GRASES Y RIERA, J. (1902): *Memoria del monumento que se erige en Madrid a la Patria Española, personificada en el Rey Alfonso XII*, Imp. Municipal, Madrid.

MARTINEZ GINESTA, M. (1880): "Embellimiento de Madrid. Proyecto de Belvedere en el estanque grande del Retiro", en *Madrid Moderno*, núm. XVI, págs. 121-123.

MENENDEZ PIDAL, R. (1981): *Historia de España. La era Isabelina (1834-1874)*, 1.^a edic., Espasa-Calpe, Madrid.

MOTA, F. (1916): "¡Nada menos que la Casa de Fieras!", en *Nuevo Mundo*, núm. 1.195, Imp. Nuevo Mundo, Madrid.

NAVASCUES PALACIO, P. (1973): *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, 1.^a edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.

PANTORBA, B. DE (1980): *Historia de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes celebradas en España*, 1.^a edic., edit. por J. R. García-Ramos, Madrid.

QUESADA MARTIN, M. J. (1984): *Daniel Zuloaga*, 1.^a edic., Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

RINCON LAZCANO, J. (1909): *Historia de los monumentos de la Villa de Madrid*, 1.^a edic., Imp. Municipal, Madrid.

RODRIGAÑEZ, C. (1888): *El arbolado de Madrid*, 1.^a edic., Imp. Municipal, Madrid.

SANCHEZ PEREZ, R. (1958): "Una avenida se abrirá en el Retiro", en *Hoja del Lunes*, núm. 1.012, Asociación de la Prensa, Madrid.

WRIGHT, R. (1934): *The story of Gardening*, New York, pág. 122.

(70) Contrato de arriendo del Parque de Madrid durante cinco años, Madrid, 1906.

(71) Archivo de Villa. Inventario. Leg. 18-132-30.